La conquista del ESPACIO

LAS HUELLAS DEL IMPERIO

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



En Las huellas del Imperio nos encontramos con una joven Alice Cooper recién salida de la academia naval del Orden Estelar no con el grado de alférez, como deseaba, sino con el más modesto de sargento, lo que le supone una frustración difícilmente superable puesto que la tradición familiar -su padre es un prestigioso oficial de la Armada- así lo exigía.

No obstante, el coronel Cooper no se encuentra en condiciones de censurar la carrera militar de su hija; poco antes, cuando se encontraba al mando de una nave exploradora UNEX en las cercanías de la nebulosa Altear, había sido atacado a traición por los nebulanos, al parecer un último vestigio del extinto Imperio Galáctico que, imbuidos por un fanatismo difícilmente explicable, consideran al Orden Estelar como su enemigo mortal. Aunque el coronel Cooper había logrado salvar la nave, las heridas sufridas habían sido de tal magnitud que los médicos tan sólo habían logrado salvar su cerebro. Por fortuna el rescate de una antigua técnica imperial permitía la creación de un clon al que poder transferir su cerebro, pero sería un proceso bastante lento que llevaría, con toda probabilidad, años…



A. Thorkent

Las huellas del Imperio

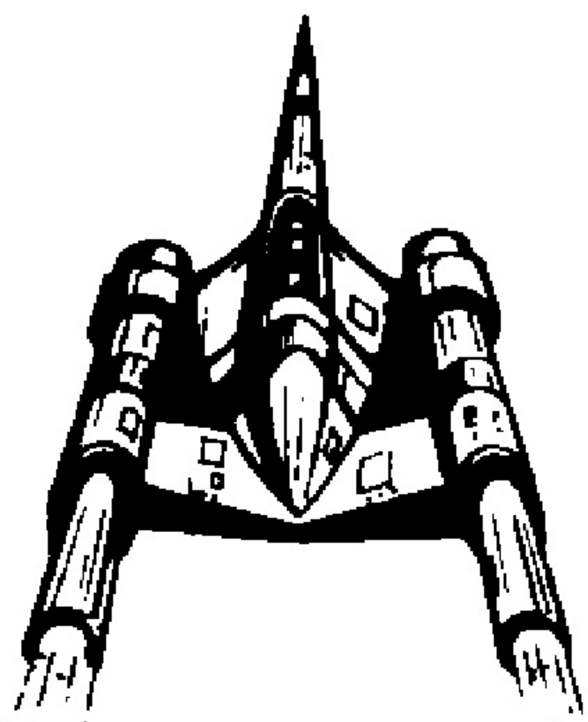
Bolsilibros: El Orden Estelar - 14
Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 525

ePub r1.0
xico_weno 11.09.15

Título original: *Las huellas del Imperio*
A. Thorkent, 1980

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





La conquista del ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

La doctora Patterson adelantó la barbilla, tosió suavemente y dijo:

—¿La han instruido convenientemente?

La mujer uniformada asintió.

—Bien —añadió la doctora—. Quería asegurarme que sabía que su padre sólo asimilará lo que hablará con usted cuando termine totalmente el proceso.

—He procurado aprender estos días, doctora.

Patterson hizo un ademán de conformidad y se adelantó hacia la pared. Atravesaron un rectángulo y pasaron a una habitación fuertemente iluminada. Había una silla de metal en el centro, frente a unos discos metálicos.

—Siéntese, sargento —pidió la doctora.

La mujer uniformada de negro y plata se acomodó tensamente en la silla, mirando con fijeza los discos que flotaban a la altura de sus ojos.

—Actualmente es sólo la mente del coronel la que está en activo. Pero está en completa lucidez, recuérdelo. Procure no mencionar la ausencia de su cuerpo.

—Doctora…

—¿Sí? Dígame.

—No me han dicho cuándo volverá a disponer de un cuerpo.

Patterson se encogió de hombros.

—El que tenía era inservible en un ochenta por ciento. Ahora estamos tratando de reconstruirle uno, según los registros que conservamos y los patrones trazados con toda fidelidad de acuerdo con los datos proporcionados por la computadora bioquímica. Es un trabajo delicado y forzosamente lento. Tenga en cuenta que el nuevo cuerpo debe ser para el coronel acogedor, para que su mente no experimente ningún rechazo.

—¿Cuánto tiempo? —insistió la chica. Su palidez era aún mayor

dentro de la habitación con tanta potencia de luz.

—Digamos entre dos o tres años. Durante este tiempo el coronel vivirá sólo con la mente. Participará de los acontecimientos estelares y podrá hacer preguntas. Todo lo que experimente podrá recordarlo cuando vuelva a caminar y comer.

—No será un hombre como antes…

—Vivirá.

—¿Merecerá la pena?

Patterson se mordió ligeramente los labios.

—Éste es un sistema nuevo, sargento —se fijó en lo reluciente de los galones, recientemente colocados en las hombreras plateadas—. Aún no estamos experimentados, pero podemos asegurarle un éxito total.

—¿Sabe mi padre lo que él será después?

—Más o menos, sí —admitió Patterson—. Comprenderá que no podemos decírselo todo. Cuando la operación esté en su fase crucial, un equipo psíquico se encargará de que no padezca ningún trauma.

—Ahora no me verá, según creo —susurró la chica llevándose la mano derecha a los galones, y retirándola de allí en seguida.

—Claro que no. Su mente aislada flota en un caldo nutritivo. Los electrodos insertados permitirán al coronel hablar y escuchar. No se alarme si la voz no es la misma que usted conoció. Sólo se parecerá un poco.

—Es lógico.

—¿Puedo dejarla sola? —preguntó la mujer.

—Sí, claro. ¿Algún consejo más?

La doctora sonrió.

—Creo que no. Es usted una chica inteligente y estoy segura de que no cometerá ningún error. La veré luego.

La sargento asintió. ¿Inteligente?, se repitió con amargura. Por un instante se alegró que su padre no pudiera verla. ¡Oh, Dios! ¿Qué había dicho? Claro que le habría gustado que nada hubiese pasado y que ahora el orgulloso coronel la viese, aunque no se sintiese muy orgulloso por el triste resultado obtenido por su hija en la academia. Se sintió sola en la estancia y aunque sabía que no podía ser, creyó que estaba rodeada de frío.

Alzó la mirada, enfrentándose a los discos metálicos flotantes. Lo

primero que escuchó fue un ligero chasquido. Luego los discos refulgieron y las luces brillantes disminuyeron su potencia.

—Papá… —susurró la chica.

La habían advertido de que aquellos indicios significaban que la comunicación estaba a punto de iniciarse. Pero estaba nerviosa, terriblemente nerviosa. Apretó los labios. Debía esperar a que le hablase, no adelantarse.

—Hija…

Se puso tensa al oír la voz, con ligero parecido a la de su padre.

—Te escucho, papá.

—Esperaba tu visita, ¿sabes?

—¿Te lo dijo la doctora Patterson?

—¿Patterson? Bueno, con ella he hablado poco. Creo que sólo dos o tres veces desde que floto en esta especie de limbo.

La chica se llevó el puño cerrado a la boca y reprimió una risa nerviosa. El viejo no había perdido su sentido del humor. Pensó que la Patterson tendría que estar allí para escuchar; seguramente algunas de sus teorías se tambalearían. Su padre estaba totalmente consciente de su situación e incluso tenía bastante humor para divertirse.

—¿Estás agradablemente instalado? —preguntó.

—Claro que sí. Es una sensación extraña, pero interesante. No me duele la cabeza, por supuesto —percibió el sonido lejano a una risa, o quizá fuera algo totalmente distinto—. Pero hablemos de ti, preciosa. ¿Te cortaron mucho tu cabello rubio esos brutos de la academia?

—No, nada de eso. Lo llevo bien largo y recién cepillado.

—Me habría gustado acariciarlo, de veras. ¿Cómo estuvo la ceremonia? Claro que hoy en día no es como antes. Cuando yo obtuve mi diploma era una fiesta hermosa, con bandas de música, discursos y vítores. Tengo entendido que ahora es todo más frío.

—Pedí una filmación extensa de todos los actos, papá. Te la entregarán cuando… cuando sea el momento.

—Sí, cuando me pongan dentro de un nuevo cuerpo. Vamos, linda, no tengas miedo al referirte a cómo estoy y lo que seré en poco tiempo. ¿Es que crees que mi mente se va a perturbar? ¡Bah, soy más fuerte de lo que piensan estos matasanos!

—Me alegro.

—Debes estar muy hermosa con tu uniforme.

—No creo que ningún uniforme sea hermoso, papá.

—Tienes razón. Deben ser marciales, nada más.

—Me han dicho que te devolverán tu grado…

—Oh, sí. Pero para enviarme a una oficina.

—Podrás viajar por el espacio.

—Claro, en mis vacaciones. Pero no me quejo —se escuchó un ligero suspiro—. No, preciosa. No puedo quejarme. Otros compañeros tuvieron peor suerte que yo. Fuimos pocos los que pudimos salvarnos de esa catástrofe cerca de la Nebulosa Altear. Pero mi cuerpo quedó demasiado mal para recomponerlo. Tanto que decidieron fabricarme uno nuevo. Mejor, porque así no me molestará más el reuma.

—Tú nunca tuviste reuma —protestó la chica.

—Es una broma. Bien, dime cuál será tu destino. ¡Cuánto me habría gustado ir al astropuerto a despedirte!

—Lo harás la próxima vez, seguro.

—Es posible. Pero no me has dicho adónde irás.

—Aún no me han entregado el destino, papá.

De los discos metálicos surgieron unos gruñidos.

—¿Qué pasa ahora? En mis tiempos, cuando se le entregaba el despacho a un nuevo oficial se le decía al mismo tiempo cuál era su destino.

—Papá, es que yo no soy oficial, sólo sargento —manifestó ella en silencio, tragándose las palabras.

Estuvo tentada de decirle que sólo lucía unos galones, nada más. La línea brillante de alférez que el viejo le regaló tres años atrás, cuando entró en la academia, seguía en el fondo del cajón, esperando.

—Las cosas cambian, papá —prosiguió, rehaciéndose—. A veces se deben mantener en secreto ciertas cosas. Lamento que no lo sabrás hasta que regrese.

—Es igual. Entonces es posible que te vea y pueda abrazarte. Me lo contarás todo, ¿eh? Iremos a las montañas, a la casita para cazadores que compré hace veinte años, apenas naciste. ¿Recuerdas los buenos ratos que pasamos con tu madre?

—¿Cómo iba a olvidarme de eso?

«Mamá, tú moriste pronto», se dijo. «Pero te evitaste ver cómo

volvió papá de esa expedición a la maldita nebulosa». Fue una condenada lucha, muy extraña. En los círculos del Orden se rumoreaba desde entonces que alguien traicionó a sus compañeros, delatándolos a los corsarios de Altear. Fue una encerrona y el crucero fue convertido en chatarra apenas emergió del hiperespacio.

Tampoco ella pudo ver el maltratado cuerpo de su padre cuando lo trajeron a la Tierra, al Hospital Central donde podían salvarle por el momento su cerebro y luego intentar insertarlo en un cuerpo clónico. El coronel, junto con cuatro más, fueron los únicos supervivientes. Los otros trescientos tripulantes murieron y la mayor parte de los cuerpos no aparecería jamás.

La avisaron en la Academia y cuando acudió al hospital, la doctora Patterson se lo explicó todo. Su padre podría salvarse, pero lo único que conservarían era el cerebro. Todo lo demás sería nuevo, un cuerpo clonado después de un largo proceso. La técnica era nueva y no se podía ir de prisa.

La sargento no obtuvo permiso para dialogar con su padre, aunque la doctora le aseguró que el equipo psicológico se encargaría de transmitir a su padre que ella estaba bien y el año siguiente obtendría el despacho de oficial.

¡Pero no era oficial, sino un simple sargento! «Mejor, papá, que no veas la ausencia de la línea brillante de alférez sobre mi pecho, esa línea que tú me regalaste el mismo día que ingresé», pensó ella desolada.

—Creo que podrán entregarme un mensaje tuyo cuando llegues a tu destino, linda —dijo la voz de su padre—. ¿Lo harás si te es permitido?

—Desde luego. Lo haré. Te lo juro.

—Con tu promesa me basta, no seas vulgar jurando por tan poco.

—Lo siento.

—Percibo triste tu voz.

—Es la emoción de la jornada. Todo ha sido muy precipitado… El viaje desde el Pacífico hasta aquí me llevó dos horas y…

—No te disculpes. No deberías estar aquí, sino celebrando con tus compañeros. Me gustaría que te destinaran a una Unex y ojalá tengas tan buenos amigos como yo los tuve desde mi primer

destino.

La chica alzó la mirada cuando se encendió una luz anaranjada sobre los discos. Era la señal advirtiéndole de que la entrevista estaba llegando a su fin.

—Tengo que marcharme…

—¿Tan pronto?

—No me dejan más tiempo, papá. Te enviaré un mensaje aunque tenga que gastarme la paga de un mes.

—Hazlo a cobro revertido. Yo seguiré percibiendo mi sueldo y no tengo suficiente para gastarme un céntimo durante los próximos meses.

Volvió a escucharse la burda copia de una risa y la chica no pudo evitar sonreír también. ¡Qué gran tipo era el viejo! Hubiera llegado a almirante de no haber sido por aquel maldito suceso en la Nebulosa Altear. Ahora, tal vez, se retiraría como general, nada más.

Le habían asegurado que si el nuevo cuerpo era el adecuado para la coordinación con la mente, podría volver a disfrutar de un cargo activo en el espacio. En caso contrario…, para el coronel sólo cabía un cargo administrativo.

Pero aún podía temerse una tercera posibilidad. Era la peor. Podía no resultar satisfactoria la inserción. Entonces…

La sargento movió la cabeza. No podía pensar en ello. Se levantó y dijo:

—Tengo que irme, papá. Nos veremos.

—¿Te han dicho cuándo podré corretear por ahí?

—No están seguros. Tal vez dentro de unos meses…

—No espero que sea tan pronto. Pero gracias por darme ánimos. Te daría un beso y un fuerte abrazo.

—Guárdalo para dentro de un año y medio.

—¿Tanto tiempo tardarás en volver? —La voz del coronel sonó alarmada—. Las primeras misiones para un oficial no debían durar tanto.

—Quiero pecar de pesimista, papá. Ojalá esté pronto de regreso y podamos pasar unos días en la cabaña.

—Así será. Hasta la vista, hija.

—Hasta entonces, papá.

Retrocedió de espaldas hasta la salida, sin dejar de mirar los

discos brillantes. Las luces volvieron a recobrar su potencia. La mente de su padre ya no estaba allí.

Cruzó la pared esterilizadora y salió al pasillo.

Se dirigió a la sala de recepción. Vio a la doctora Patterson conversando con un hombre. Ella la descubrió, apresuró unas frases con su interlocutor y se dirigió a paso vivo hacia ella.

—¿Todo bien? —preguntó, tomándola del brazo.

—Sí.

Por un momento estuvo tentada de soltar una risa, de decir a la doctora que su padre no era tan ingenuo como esperaba el celoso equipo de psicólogos y que sabía perfectamente lo que le esperaba y sus actuales limitaciones. Pero no lo consideró conveniente y aceptó el ofrecimiento de la doctora de tomar una taza de café.

* * *

Con las humeantes tazas delante, la chica dijo:

—Él cree que estará listo antes de un año.

—Será imposible. Tenemos que hacer muchos estudios en el clon antes del injerto —meneó la cabeza la mujer—. Es preciso estar seguros de que todo saldrá bien. Una vez transferida la mente del coronel no será posible recuperarla si algo marcha mal.

—¿Es un proceso irreversible?

—Totalmente. Aún no estamos muy seguros de lo que hacemos, compréndalo. Actualmente disponemos de registros exactos de las características de todos los miembros del Orden, pero eso no era así hace unos años, cuando su padre estaba en el espacio.

—Me imagino que la conservación de registros es algo costoso.

—Sí, mucho.

—Y apenas será de utilidad. ¿Cuántos casos similares a los de mi padre podrán darse para obtener rentabilidad?

—Apenas un dos por mil, calculamos. Pero nos conformamos con ese porcentaje.

—Tiene razón, doctora. —Sorbió el resto del café y se incorporó—. Tengo que marcharme. El turbo que me devolverá al Pacífico partirá dentro de dos horas.

—Tiene tiempo aún.

La sargento se estremeció. La presencia de su padre parecía extenderse por cada rincón del enorme hospital.

—No, no tengo tiempo. Gracias por todo, doctora.

Se estrecharon las manos, y cuando la mujer uniformada de negro y plata se alejaba, Patterson dijo:

—Suerte, sargento Alice Cooper.

CAPÍTULO II

El teniente Phil Stenzel se apartó de la máquina después de recoger su paquete de cigarrillos. Extrajo uno y lo encendió al darle la primera chupada. Echó un vistazo a su alrededor.

La sala de espera estaba muy animada aquel día. Había cientos de miembros del Orden Estelar deambulando de un lado para otro. Algunos ya tenían sus placas prendidas en el pecho, aguardando el momento del embarque. Pero la mayoría aún esperaban.

El cigarrillo le supo repentinamente mal y lo arrojó a un recipiente, que inmediatamente se lo tragó. Aún faltaba casi media hora para que el código impreso en su placa fuera emitido por el panel que flotaba sobre sus cabezas.

Habían sido unas vacaciones agradables, pensó, mientras jugueteaba mecánicamente con el paquete de cigarrillos. Terminó guardándolo sin encender otro. ¿Por qué los cigarrillos sabían tan mal cuando uno estaba a punto de partir para un nuevo destino? Sonrió. Tal vez los mandos sabían que en el espacio o en algún lejano mundo serían difíciles de obtener, y era una especie de terapia la que practicaban ofreciendo en la terminal un tabaco que obligaba al fumador a repudiarlos.

Sí, eso debía ser. Terminó tirando el paquete en el mismo sitio en que antes arrojó el cigarrillo sin consumir. No le importaba dejar de fumar. Estaba acostumbrado a hacerlo cuando partía con un nuevo destino impreso en la placa de iridio.

Paseó la mirada por la sala, distraídamente. Debajo del gran panel estaban situadas centenares de consolas. Muchas de ellas estaban siendo manipuladas por hombres y mujeres que buscaban su destino.

Se fijó en una suboficial joven, muy bonita. Tenía el pelo recogido en la nuca; era suave y muy rubio. La veía de perfil y se dijo que tenía facciones perfectas. Era muy linda. Ni siquiera el frío

uniforme negro y plata podía reducir los encantos de sus formas.

Ella tabuló sus datos y la consola empezó a emitir zumbidos. Unos segundos después escupió una placa, que la chica recogió y leyó atentamente. Luego alzó la mirada y estudió el panel. Hizo un gesto de contrariedad y se retiró hasta donde estaban unos sillones vacíos, alejados de los grupos más numerosos.

Phil caminó despacio, pasando delante de ella. Su aguda mirada echó un vistazo a la placa que la chica ya se había prendido sobre su pecho.

—Demonios —exclamó.

Ella alzó la vista, extrañada.

—Lo siento —sonrió Phil—. Es que no he podido evitar leer su destino, sargento.

La chica frunció el ceño, intrigada. Estudió al teniente. Tal vez tendría unos treinta años, si es que todavía no se había sometido a una cura de rejuvenecimiento. Claro que, si así fuera, sería una clara demostración de que su carrera en la organización no era muy rápida. Lo mismo podía tener ochenta años y haber obtenido su doble línea por exigencias del escalafón, no por méritos contraídos.

—Y ¿qué pasa con mi placa, teniente? —inquirió la sargento, rehuyendo la mirada escrutadora del hombre.

Phil se sentó a su lado y le tendió la mano.

—Permítame que me presente, sargento. Me llamo Phil Stenzel y si aún no se ha fijado en mi placa tengo que decirle que vamos destinados al mismo sitio.

—Sargento Alice Cooper. —Ella miró la placa del teniente y apenas pudo contener una sonrisa de diversión—. ¿Qué ha hecho para que le envíen allí, teniente?

—Eso mismo podría preguntarle yo a usted, ¿no?

—Es mi primera misión, y, si no lo ha olvidado, los novatos no podemos elegir entre media docena de alternativas, como ustedes los veteranos hacen.

—No es tan mal sitio —sonrió Phil. Y añadió pensativo—: Supongo.

Alice entornó los ojos.

—Shefuran, segundo planeta de la estrella Zarti, a quinientos años luz de la Tierra. ¿Sabe algo más al respecto? Es la primera vez que he oído de ese sitio.

—¿Por qué cree que debe ser malo?

—No mandan a nadie recién salido de la Academia a un buen sitio, lo sé.

—Debí pensar que usted apenas lleva unos días luciendo esos flamantes galones.

—¿Porqué?

—Es demasiado bonita. Creo que ni siquiera tiene veinte años.

—Diecinueve.

—Vaya. Entonces debió entrar con dieciséis en la Academia.

Alice le miró con dureza.

—Vamos, dígalo —le espetó.

—¿Qué quiere que diga?

—Que cómo sólo soy sargento después de pasar tres amargos años en la Academia.

—¿Tiene eso que llamar mi atención? —Rió Phil—. Yo debería ser al menos capitán, pero…

Se encogió de hombros y dejó en suspenso la frase, esperando que su interlocutora mostrase su curiosidad. Pero Alice permaneció imperturbable.

—Eso corrobora que nos enviarán a un sitio endiablado, alguna mísera base donde nos aburriremos soberanamente. Al cabo de un año nos devolverán con una licencia de dos meses a la Tierra y…

—Usted supone que me envían a Shefuran como castigo —dijo secamente Phil.

—Perdóneme si le he ofendido. Es posible que me haya equivocado y…

El teniente soltó una fuerte carcajada.

—Bah, no se inquiete. Lo peor es que tiene razón, preciosa.

—Sargento Cooper —le corrigió Alice.

—Ya sabe que en la Terminal no es preciso hacer caso a las ordenanzas. El severo Código del Orden está bien cuando uno se ha incorporado a su destino. Mientras tanto, están permitidas ciertas libertades.

—Entonces… usted ya conoce adonde nos envían, ¿no?

El rostro de Phil se ensombreció.

—Sí. Es un lugar terrible. —De reojo vio que la chica se envaraba y parecía repentinamente interesada—. He hablado con algunos compañeros que regresaron de allí y… En fin. Será mejor

que se lo diga y así no tendrá ninguna sorpresa cuando le entreguen las instrucciones de supervivencia en la nave que nos llevará a Shefuran. Es un planeta cruel. La tasa de mortalidad, por diversas causas, y ninguna de ellas natural, es más del cincuenta por ciento. Existen unos bosques móviles. Por la noche se acercan a las bases. Por la mañana es preciso salir al exterior bien provistos con escafandras, lanzallamas y bombas de ácido corrosivo. El campo tiene que ser despejado para que durante la noche siguiente no desborden las líneas de contención. Sólo en el duro invierno, cuando la temperatura del flúor desciende por debajo de los ochenta grados, cesan esas malezas venenosas de amenazar a los humanos…

—¿No existen nativos?

—¿En Shefuran? Oh, claro que sí. Son unas amebas gigantes que habitan en las ciénagas. Aprovechan el invierno para hostigar las bases e infiltrarse hasta el interior para devorar a los centinelas que se duermen y…

—Basta ya, teniente Stenzel —rió Alice, divertida.

—Llámeme Phil. Parece que no me cree.

—Es un cuento para asustar niños.

—Los niños ya no se asustan con esos relatos, quizá lamentablemente —suspiró Phil—. Lo cierto es que sé muy poco acerca de nuestro destino. Estoy impaciente porque nos informen de Shefuran cuando subamos a bordo. Pero es cierto que mi carrera no va muy bien y me mandan allí como segunda alternativa.

—¿Cuál fue la primera?

—Expulsarme de la organización.

—Lo dice con mucha indiferencia, como si no le importase.

—Algún día pediré la baja. Estoy harto de esto. Llevo ya quince años vistiendo este uniforme y yendo de un sitio a otro de la galaxia, explorando mundos a bordo de una Umex o calmando nativos rebeldes que no nos aceptan. No todos los Mundos Olvidados reciben bien a las doradas naves del Orden Estelar, ¿lo sabía?

—Claro que sí.

Phil cruzó los dedos y la miró fijamente.

—¿Por qué se atormenta tanto, Alice?

—¿Es que piensa que yo…?

—Sí. En sus bellos ojos hay una nube gris, una nube de preocupación que no la favorece en nada. ¿Por qué no me lo dice? Si aún no somos viejos camaradas, piense que estamos condenados a serlo… al menos por espacio de un año.

Ella dejó de mirarle, dirigiendo su atención al gran panel.

—Decepcioné a mi padre. Su mayor ilusión fue verme convertida en oficial del Orden Estelar al final de mi período académico. No ha sido así.

—Ya —murmuró Phil, observando los galones—. Sólo sargento. Bueno, no todos pueden ser oficiales…

—Pero yo obtuve las puntuaciones precisas para no bajar tanto en la calificación como para perder mi línea de alférez —protestó ella.

—Sus otros compañeros pudieron haber obtenido mejores…

—¡No me cree!

—Tengo que creerle, de veras. Pero no se preocupe. Después de esta misión puede exigir una verificación.

—No volvería a la Academia.

—No me refería a eso, sino que tiene derecho a solicitar un reajuste en la calificación sin necesidad de comenzar de nuevo.

—Ignoraba eso.

Phil se levantó y la tomó de la mano. Señaló el panel.

—Tiene que aprender muchas cosas. Vamos, nuestros códigos están siendo llamados. Tenemos que acudir a la puerta
9-D
. Nuestro transporte nos espera. Dentro de doce días estaremos en Shefuran.

Cruzaron el inmenso salón y entraron en la cinta transportadora que les condujo hasta la salida
9-D
. Allí sólo encontraron al inspector, que tomó sus placas. Les señaló una salita, diciéndoles:

—Esperen unos minutos. Se les avisará cuando el enlace esté dispuesto.

—¿No hay nadie más? —preguntó Phil, al ver que estaban solos.

El inspector se encogió de hombros. Se reunió con una ayudante que manipulaba una extensión del ordenador y replicó:

—Sólo queda uno por llegar —parecía de malhumor—: Creo que

está entrando ahora en la terminal. Llega con retraso.

Alguien corría por la cinta. Entregó su placa, jadeante, y entró en la salita. Lucía la triple línea de capitán y saludó a Phil y Alice con una leve inclinación de cabeza.

—Por mi grado debía ser yo quien primero estuviera aquí, pero unos imponderables me han retrasado. Lo siento, me llamo Pedro Salvochea y me parece que con ustedes el envío a Shefuran está completo. —Se volvió para encarar al inspector—: ¿Tardaremos mucho en embarcar?

—No, capitán —replicó el hombre sin mirarle, observando la pantalla del computador—. Unos minutos. El enlace que deberá llevarles a la nave estará al fondo del túnel en poco tiempo.

Salvochea hizo un gesto de resignación.

—Bien —dijo—. Supongo que ustedes son el teniente Stenzel y la sargento Cooper. Cooper… —repitió, entornando los ojos—. Conocí a un coronel Cooper.

—Es mi padre —dijo Alice, orgullosa.

—Fue mi jefe en la Nebulosa Altear. Un gran jefe, sí. Me enteré del ataque que sufrió… —Efectuó un ademán—. Y de todo lo demás. Me dijeron que dentro de un año o dos estará de nuevo en activo.

—Es posible —replicó Alice con amargura—. Hace poco estuve hablando con él. Bueno, con su mente. ¿Conoce la nueva técnica?

—En realidad, no es nada nueva. En tiempos del Gran Imperio se usó, pero de forma restringida. En la corrompida corte, se otorgaba como recompensa a los nobles por su fidelidad al emperador. Lo que han hecho es desempolvar los viejos métodos, pero de forma más humanitaria. Creo que se conseguirán grandes cosas. Sargento, su padre volverá a ser quien era, se lo aseguro.

—Gracias, capitán.

—Capitán, ¿qué conoce usted de Shefuran? —preguntó Phil.

Salvochea hizo una mueca, algo muy poco parecido a una sonrisa.

—Me temo que bastante. Serví allí hace dos años. Sólo estuve unos meses, hasta que me hirieron en un encuentro con los llamados hombres libres de la Nebulosa.

—¿Qué? ¿Hombres libres? —dijo Phil.

Salvochea le miró sorprendido.

—Pero ¿no sabe que el sistema Zarti está apenas a unos años luz de la Nebulosa Altear?

—Admito que no lo sabía —dijo Phil, enrojeciendo—. No he tenido tiempo de aprenderme todos los sectores del corredor estelar donde estamos explorando actualmente.

—Shefuran fue visitado hace más de veinte años. Es el único mundo que puede contener decentemente a los hombres libres.

—¿Son realmente libres?

—Nada de eso. Viven en un par de planetas situados en el borde de la Nebulosa. Allí no existe ninguna clase de orden ni ley, sino la que dictan ellos. Se dedican a la rapiña y a la explotación de las comunidades indefensas.

Alice parecía estar distraída y los dos hombres se percataron de ello. El capitán tosió discretamente.

—Discúlpenme —sonrió Alice—. Estaba pensando que no podía sospechar que iban a enviarme cerca de donde mi padre fue herido.

—Sé que no pudo pedirlo —dijo el capitán—. Pero tal vez le complazca saber que en la base Koreli hay muchos hombres y mujeres que se sienten orgullosos de haber servido a las órdenes del coronel Cooper, sargento.

—¿Usted sabe realmente lo que pasó cuando la Unex de mi padre fue atacada?

—No muy bien. Creo que en Shefuran encontrará los datos. Yo la ayudaré con gusto a que conozca a fondo el asunto, si le interesa.

—Claro que sí. Entonces, ¿la base Koreli está en Shefuran para impedir incursiones de esos hombres autollamados libres?

—No del todo. Shefuran es también un punto de aprovisionamiento para nuestras unidades que prosiguen la expansión hacia el interior de la galaxia. No es una fortaleza de primera línea, si es que acaso suponen que existe allí una fuerte concentración de fuerzas. Por desgracia, los medios son escasos.

—¿Cómo confían en detener entonces a los hombres de…? ¿Cómo se llaman esos dos mundos? —pregunto Alice.

—Kerma y Orlea. Dos planetas ingratos para vivir, por cierto. Por el contrario, Shefuran es un mundo agradable, dentro de lo que cabe. No existen continentes, sino una gran cantidad de islas de todos los tamaños. La base Koreli está en la mayor, sobre un monte. Al pie está también la urbe principal del planeta, que es

eminentemente una comunidad de pescadores. Creo que durante los tiempos del Gran Imperio exportaban subproductos del mar a muchos mundos.

»Pero a unos veinte años luz de Shefuran existe una importante base operacional del Orden. Es una de las estaciones orbitales independientes, que gira alrededor de una estrella solitaria: Carmagan Doble. Si los hombres de Kerma o de Orlea se ponen muy osados, una flota procedente de Carmagan caería sobre ellos.

El inspector alzó su cabeza del ordenador y llamó:

—La nave de enlace les espera. Buen viaje, señores.

—Adelante, amigos —dijo el capitán, mostrando el túnel—. Vaya, no debía olvidarme decirles que el comandante en jefe de base Koreli es el coronel Brogden.

Alice se estremeció. Coronel Brogden. Su mente experimentó un chispazo. Era como si recordase un mensaje que recibió de su padre hacía un año largo, cuando operaba con su Unex en la Nebulosa Altear. Apenas era una mención, pero que decía mucho. Algo como una acusación. Se mordió los labios. No podía recordar exactamente lo que su padre quiso decir, pero estaba segura que era importante.

Se encogió de hombros y siguió a los dos hombres por el túnel. Estaba segura de que en cualquier momento recordaría exactamente lo que decía el mensaje.

CAPÍTULO III

La navecilla de enlace les transportó a la Unex que orbitaba alrededor de la Luna. Apenas fueron alojados, se efectuó la partida. Durante dos días navegaron por el sistema solar a velocidad inferior a la de la luz.

Cuando estuvieron a punto de rebasar Plutón se anunció que se entraría en el hiperespacio dentro de treinta minutos. Alice Cooper solicitó enviar un mensaje a la Tierra y le fue concedido. Lo redactó apresuradamente y lo entregó a la encargada de la cabina.

—Lo recibirá la doctora Patterson en menos de diez minutos, sargento —dijo la chica. Se fijó en la última línea e hizo una mueca —. Vaya. Usted espera respuesta, ¿no?

—Sí, así es.

—Pero para entonces usted estará en su destino, en…

—En Shefuran.

—Nosotros nos quedaremos en Carmagan Doble. Allí se recibirá la respuesta de la doctora Patterson. Pero no se inquiete; nos encargaremos de reenviárselo.

Alice frunció el ceño.

—¿Por qué no puedo recibirlo directamente en base Koreli?

—Creo que las comunicaciones con Shefuran son muy deficientes desde la Tierra; pero desde Carmagan Doble no suelen haber problemas. Es a causa de las interferencias que produce la Nebulosa, ¿sabe? Incluso por vía láser son difíciles.

—¿Será mucha la demora?

—Creo que sólo un par de días. ¿Cuándo cree que le contestará la doctora Patterson?

Alice entornó los ojos. En realidad no estaba segura de si iba a recibir alguna respuesta. Patterson tenía que hablar primero con la mente del coronel Cooper y luego, si obtenía la contestación adecuada, enviarle el mensaje. Pero antes la doctora tenía que

decidir si era correcto molestar al coronel. Incluso podía verse obligada a pedir consejo a los psicólogos. Pero si todo marchaba bien, el mensaje podía estar en camino dentro de un día.

—Creo que en unas treinta horas.

—Entonces lo recibirá dentro de una semana. Tal vez un día o dos luego de que haya llegado usted a Shefuran.

—¿Tanto tiempo?

La encargada de las comunicaciones se encogió de hombros. Trataba de ser amable, y se extendió en las explicaciones.

—Tenga en cuenta que el mensaje tendrá que dar ciertos rodeos, sargento. Reemprendido desde varias bases situadas a lo largo del camino. Shefuran está apartado de nuestras rutas tradicionales. Lo siento.

—No se preocupe. Gracias por todo.

—De nada. Ahora es conveniente que regrese a su camarote. Dentro de unos minutos se encenderán las luces rojas advirtiendo que el personal fuera de servicio se recluya y aguarde la entrada al hiperespacio.

* * *

Tres días más tarde arribaron a la gran base de Carmagan Doble.

La base era una rueda de treinta kilómetros de radio, con doce esferas repartidas en el círculo interior. Estaba situada a una distancia de cien millones de kilómetros del sol blanco y disponía de varias flotas de ataque, además de varias unidades exploradoras.

Era una base operacional que controlaba cien mundos, algunos de ellos en período de observación y con señal de próximo acercamiento.

La nave se ajustó a uno de los embarcaderos y se procedió al avituallamiento. Alice aprovechó aquella ocasión para acercarse al módulo de observación para observar el gigantesco espectáculo.

Desde las grandes pantallas panorámicas podía ver más del cincuenta por ciento de la Rueda, como se llamaba vulgarmente a la base Carmagan. Había otras personas allí, pero no pudo reconocerlas porque la sala estaba sumida en penumbras. Alguien se acercó a ella y supo quién era antes de que dijese:

—Un bonito espectáculo —comentó Salvochea.

—Pero usted ya ha debido estar aquí otras veces, capitán.

—Dos veces, sargento. Y una de ellas estuve destinado aquí durante seis meses. Llegué a odiarla. Es buena para ser observada, pero no para vivir aquí.

—Es grande como una ciudad —dijo Alice—. Las comodidades, según tengo entendido, son amplias.

—Pero a mí me gusta sentir el suelo firme debajo de los pies.

—¿Dónde se encuentra a gusto?

—Aparte de en los brazos de una mujer, a bordo de una Unex.

—Buscando mundos olvidados…

—Eso es.

—Todos los miembros del Orden desean ser enviados a una Unex y explorar mundos que una vez pertenecieron al Gran Imperio. —Alice sonrió, y confesó—: Mis ambiciones son vulgares entonces. Yo también quiero pertenecer algún día a una Unidad Exploradora.

—Puede conseguirlo. Tiene muchos años por delante. Y apuesto que algún día será su comandante y…

Alice abrió la boca para decir algo, pero calló. Se volvió y salió de la estancia dejando sorprendido al capitán. Se refugió en su camarote y no salió de él hasta que la nave partió de la Rueda.

* * *

Tres jornadas más tarde descendió sobre Shefuran.

La Unex, llamada Caspio, sólo permaneció unas horas en el pequeño astropuerto. El comandante Karling se molestó en despedir a los tres miembros del Orden transferidos a Shefuran. Tuvo con ellos unas palabras cálidas y deseó que pasaran buena estancia en la base Koreli. Aseguró que él mismo regresaría dentro de un año a recogerles, una vez terminada su estancia.

El astropuerto resultó increíblemente pequeño para Alice. Calculó que allí apenas tenían cabida tres naves, tan reducidas eran sus pistas. Hacia un lado estaba el mar, azul y tranquilo, al oeste. Vio unas suaves colinas al norte que se volvían abruptos montes hacia el este.

Un vehículo les recogió y algunos empleados del campo metieron con cierta desgana sus equipajes en la parte posterior. Eran civiles, tal vez colonos que no se adaptaron a la única fuente de ingresos del planeta: la pesca. Antes de marcharse aceptaron

empleos en el astropuerto, tal vez con la esperanza de reunir algún dinero y tomar pasajes en una de las pocas naves comerciales que arribaban a Shefuran.

El único edificio tenía dos plantas y estaba situado junto a la torre de control, algo horrible construido con cemento y acero. Detrás vio Alice algunos almacenes. Y también pudo estudiar a los nativos.

Shefuran tenía aborígenes, unos seres de cuatro patas cortas y seis brazos.

—En realidad son tentáculos —explicó Salvochea, al notar el interés de Alice hacia los nativos. Se había sentado a su lado. Parecía no acordarse del desplante ocurrido en la estancia de observación.

—Debieron vivir en el mar hace millones de años —dijo Stenzel, sentado en el asiento trasero.

—Exacto. Sus lejanos antepasados debieron ser pulpos o calamares. El Imperio los usó para conseguir pesca de este mundo.

—¿Esclavos? —preguntó Alice.

El capitán Salvochea negó con la cabeza.

—¿Cómo esclavizar a unos seres que son anfibios? No, tal vez en este planeta los imperiales tuvieron un poco de inteligencia. No exterminaron a los nativos ni los esclavizaron según los métodos más brutales.

—¿Qué hicieron entonces? —preguntó Stenzel.

—Introdujeron la técnica, los engatusaron con los productos manufacturados. Si querían disponer de comodidades tenían que comprarlas y el único modo de obtener dinero era vendiendo pescado.

—Entonces debieron pasarlo mal cuando el Gran Imperio se derrumbó.

—Sí. Y también durante el período posterior, cuando las luchas estelares entre las comunidades independientes. El Orden llegó aquí hace un siglo y los aborígenes aún recordaban los pasados tiempos.

—¿Quedaban humanos?

—Sí, algunos. Apenas un par de cientos. Vivían casi como los nativos, excepto el Consejero Imperial.

—¿Quién es ése? —exclamó Alice, extrañada por el rimbombante nombre.

El vehículo se puso en marcha y salió del pequeño astropuerto. Se deslizaba por el aire a una altura de diez metros. Pasaron cerca de una aldea de pescadores. Había docenas de embarcaciones atracadas a los muelles; algunos de éstos eran muy viejos y construidos con grandes bloques de hormigón armado, reliquias de tiempos pasados.

Salvochea dejó que sus dos compañeros observaran la aldea nativa. Cuando se hubieron alejado, respondió a la pregunta de Alice:

—Es algo que pertenece al folklore local. Además del comandante Brogden, representante del Orden Estelar, Shefuran dispone de un Consejero Imperial, el duque *Lord* Tensage.

Stenzel soltó una carcajada y Alice miró seriamente al capitán. Por un momento pensó que éste bromeaba, pero estaba muy serio.

—Lo digo de veras —insistió el capitán—. Cuando la última nave útil en Shefuran partió, en tiempos del Gran Imperio, el Consejero Imperial no pudo embarcar, o no quiso. Pretendió mantener el planeta para su emperador. Así pasaron dos siglos, más o menos. Le sucedió su hijo y así sucesivamente. El actual consejero es el tataranieto de aquel terco personaje.

—¿Cómo es posible que el Orden le haya permitido continuar?

Salvochea se encogió de hombros.

—No es nada peligroso. ¿Qué importa? El descendiente de aquel consejero heredó el cargo y también un poco de la locura de su antepasado. Además, colabora eficazmente con el comandante Brogden. Su autoridad sobre los nativos es grande, le hacen mucho caso. Creo que el actual Consejero Imperial no es tan loco como los anteriores y sí un poco más listo. Se ha adaptado en cierto modo a la nueva situación a cambio de un pequeño sueldo y cierto respeto por parte de Brogden.

—Dijo que había un par de cientos de humanos cuando llegó el Orden…

—Sí. Todavía quedan algunos de aquella etapa. Trabajan en las aldeas nativas y poseen algunas de las factorías viejas, aunque capaces de funcionar aún. Transforman la pesca en otros productos, que almacenan durante meses hasta que llega algún carguero que se los compre

»Ustedes se preguntarán por qué el Alto Mando mantiene este

atávico estado de cosas. La respuesta es sencilla. Algún día se colonizarán los planetas situados en el borde de la Nebulosa y entonces la producción de Shefuran será muy útil.

—La colonización de los sistemas de la Nebulosa será posible cuando desaparezcan los hombres libres de Kerma y Orlea.

—Efectivamente. Ésos son viejos adictos al Gran Imperio. Se resisten a admitir que desapareció. Creo que nunca podrán adaptarse al cambio. Pero no podrán resistir mucho tiempo en esos mundos hostiles. Tarde o temprano tendrán que pedir ayuda para salir del callejón sin salida en que se encuentran.

—¿Y mientras tanto…? —empezó a preguntar Alice.

—Perdón —la interrumpió el capitán—. Estamos llegando a la ciudad. Se llama Koreli, como la base situada sobre esos montes.

Miraron a través de los cristales del vehículo. En el horizonte se elevaba un gran macizo. Sobre éste brillaban las instalaciones de la base del Orden. Al pie de los montes se extendía una gran ciudad. Un río caudaloso la cruzaba y sobre él navegaban centenares de embarcaciones de diversos tamaños y estructuras. El capitán les hizo mirar a la derecha de la base. Era un montículo escarpado.

—Ahí está la residencia del Consejero Imperial. Aún se conserva bastante bien lo que tiempos atrás fue un gran palacio. Actualmente apenas se mantienen en pie algunas habitaciones. *Lord* Tensage intenta mantener el viejo esplendor con ayuda de algunos criados y nativos shefuranitas.

—Me gustaría visitarle algún día —murmuró Alice.

—Puede hacerlo, por supuesto —sonrió el capitán—. *Lord* Tensage se pone muy contento cuando recibe visitas.

—Podemos ir un día de éstos, sargento —dijo el teniente.

El capitán se puso serio súbitamente. El vehículo atravesó un ancho puente de madera y empezó a cruzar la ciudad. Eran casas bajas, construidas casi todas en madera. Las calles eran amplias y las plazas abundaban. Los nativos se movían bulliciosamente, sobre todo en las zonas donde se instalaban los mercados al aire libre. Se veían pocos humanos y sólo en dos ocasiones descubrieron algunas patrullas uniformadas de negro y plata, que paseaban indolentemente, aburridos.

—Todo parece muy pacífico —opinó Stenzel.

—Es pacífico, teniente —dijo Salvochea—. Los shefuranitas sólo

se preocupaban de ellos mismos. Así ha sido siempre. Cuando atravesemos la ciudad ascenderemos por la ladera hasta la base.

Alice notó algo extraño en el tono de voz de Salvochea. El capitán pareció perder las ganas de hablar y permaneció callado el resto del viaje hasta la entrada en la base.

* * *

La base Koreli era un recinto amurallado de regulares dimensiones que contenía un pequeño puerto espacial y las lógicas barracas y edificios. Sobre las pistas había posada una escuadrilla de cruceros de bajo tonelaje. Los hangares del fondo, según explicó el capitán, guardaban otras seis naves similares. Añadió que la tercera escuadrilla se encontraba de servicio, vigilando el espacio cercano, siempre en dirección a la Nebulosa.

Un ayudante del comandante Brogden les anunció que éste esperaba en su despacho al capitán y al teniente. Nada dijo respecto a la sargento, y por ello Alice se retiró al barracón de suboficiales de mal humor.

Le salió al encuentro una mujer que lucía sobre sus hombreras los galones de sargento mayor. La recibió con una amplia sonrisa, se estrecharon las manos y la ayudó a llevar las dos valijas.

—Celebro que hayas llegado, Cooper —dijo la sargento que se había presentado como Carla Livornes. Afirmó llevar en Shefuran seis meses y repitió varias veces que no veía el momento de marcharse—. Una se pudre aquí que es un gusto, querida. No hay diversión, chicos simpáticos ni nada que a una le alegre la existencia. ¡Y estoy cansada de comer pescado, de todas clases y condimentado de cien formas distintas!

Le enseñó su cama. Era un dormitorio para cuatro, pero Carla explicó que lo compartirían ellas solas.

—El personal está en el mínimo tolerable. Hay servicio de vigilancia espacial cada tres semanas. Así que ya sabes: dos semanas aquí y una en el espacio, dando vueltas y más vueltas, siempre con los detectores apuntando en dirección a Kerma u Orlea.

Alice se asomó a la ventana. Desde allí se veía el viejo palacio del Consejero Imperial. Carla se acercó y comprendió el objetivo de su interés.

—Veo que el capitán Salvochea ya te ha hablado bastante acerca

de los atractivos turísticos de este cochino mundo. Sí, allí vive una verdadera reliquia, rodeado de ajado boato imperial. El viejo duque está un poco chiflado, pero es muy divertido.

—Creo que se le puede visitar…

—Sí, yo también estuve allí la primera vez. Lo hice sola y *Lord* Tensage me invitó a cenar y dormir en el palacio. Claro que lo que pretendía era acostarse conmigo…

Alice la miró divertida.

—¿Lo consiguió?

—¿Estás chiflada? No estoy tan desesperada. Eché llave a mi puerta y durante un buen rato escuché sus pisadas por el pasillo. A la mañana siguiente me despidió con cortesía, pero un poco desencantado.

—Es natural.

—Bueno, por ahí andan algunas que no tuvieron reparos en conocer al duque más íntimamente. Pero no debieron salir muy satisfechas, porque no repitieron la experiencia. Creo que a ese tipo le deben gustar las nativas.

Carla adornó su comentario con una prolongada carcajada.

Alice se alejó de la ventana y comentó:

—Tal vez suba la próxima semana, si el servicio me lo permite.

—¿Quieres que te acompañe?

—¿Por qué no?

CAPÍTULO IV

Alice tuvo que esperar algún tiempo antes de poder subir hasta donde se alzaba el viejo palacio de *Lord* Tensage. Dos días más tarde subió a un crucero y fue enviada al espacio. El capitán Salvochea estuvo al mando de los seis navíos, y el teniente Stenzel comandaba la unidad a donde ella fue destinada.

Fue una semana aburrida. Se alejaron hasta casi diez años luz de Shefuran, siempre en dirección al núcleo central galáctico. Emergieron a veinte años luz de la Nebulosa. La siguiente incursión les llevó a poco menos de un año y entonces pudieron admirar la brutal belleza de Altear. Durante tres días navegaron por el espacio normal, siempre con los detectores en dirección a la estrella más próxima de la Nebulosa, alrededor de la cual giraba el planeta Kerma.

Recibieron la orden de regreso y la escuadrilla se sumergió en el hiperespacio, del cual no salieron hasta treinta horas más tarde; sobrevolaron Shefuran y descendieron en las pistas de base Koreli. Al mismo tiempo, la segunda escuadrilla partió.

Apenas terminó con los formulismos, Alice corrió hasta la cabina de comunicaciones. El veterano oficial encargado del sitio la recibió con un ademán de aburrimiento y dijo en seguida:

—No, sargento Cooper; no he recibido ningún mensaje para usted.

Alice se alejó enfurruñada. Se dirigía a su pabellón cuando vio entrar en el edificio de la comandancia al capitán Salvochea.

Se encogió de hombros y buscó a Carla Livornes. Estaba en el dormitorio; saltó de la cama donde leía un libro y le sonrió.

—¿Qué tal tu primera misión?

—Aburrida.

—Como todas —suspiró Carla—. Así es la vida en Shefuran. Y ahora será peor, encanto.

—¿Qué pasa?

—Claro, tú no puedes saberlo: el jefe ha prohibido que bajemos a la ciudad. Es decir, que nadie salga del recinto. Lo siento por ti, porque sé que tienes muchos deseos de subir y saludar al duque.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Qué sabes tú?

—Sólo rumores. ¿Viste las aldeas de pescadores cercanas al astropuerto? —Apenas asintió Alice, Carla agregó—: Hubo algún incidente hace dos días, y un humano murió de forma extraña. Dicen que lo mató un nativo, pero yo no lo creo. Esos seres pueden parecer pulpos que caminen y resultar repulsivos con su aspecto de ameba, pero son pacíficos y nunca atacaron a un humano. ¡Y te juro que más de un humano se mereció que lo ahogasen!

—Salvochea entró a ver al comandante —murmuró Alice—. No es normal que se entreviste con él antes de entregarle el informe.

Carla adelantó el mentón.

—Ese puerco de Brogden debe estar asustado, supongo.

—¿No te simpatiza el comandante?

—Es odioso. Lleva aquí demasiado tiempo. Seguro que sufre algún tipo de castigo por algo que cometió.

Alice soltó una exclamación.

—Este destino parece el peor del universo, adonde envían a todos los indeseables del Orden.

* * *

—Siéntese, capitán —le dijo el comandante apenas entró en su despacho.

Salvochea lo hizo mecánicamente y esperó callado a que Brogden ocupase su lugar al otro lado de la mesa.

—Sus cruceros partirán de nuevo dentro de seis días a patrullar las cercanías de la Nebulosa, capitán —dijo secamente.

Salvochea se envaró y replicó con acritud:

—Eso es irregular, señor. ¿Qué ocurre con la escuadrilla C?

—He tenido que enviar parte de su dotación a la ciudad y al astropuerto. Estamos escasos de personal, apenas lo justo para el mantenimiento de las dieciocho naves. Y sólo un pelotón de infantería que ha de vigilar la base. Lo siento, capitán. Tenemos que esforzarnos durante algún tiempo.

—¿Qué ha pasado?

—Los nativos atacaron a unos comerciantes humanos. Uno de ellos murió despedazado.

—¿Qué motivos tuvieron los shefuranitas?

—¿Motivos? ¿Es que un humanoide asqueroso puede tener motivos para dañar a alguien?

—Supongamos que sí. Los humanos de Shefuran están acostumbrados a engañar a los nativos, es una vieja tradición conservada desde los tiempos del Gran Imperio.

El comandante apretó los labios y miró furiosamente a Pedro Salvochea.

—Me he preguntado muchas veces qué le ha impulsado a regresar, capitán. Cuando se marchó pensé que le había perdido de vista. No le comprendo. Todos los que estamos aquí rabiamos por abandonar este asqueroso mundo, y usted…

—Usted lleva casi cuatro años aquí, señor. ¿No se ha preguntado por qué le mantienen tanto tiempo?

—No le tolero insolencias, capitán. Sólo quisiera saber por qué solicitó regresar, cuando pudo haber pedido un destino más agradable…

—Eso no es de su incumbencia, señor —silabeó Salvochea.

El comandante se levantó. Su mano derecha temblaba ligeramente cuando señaló la salida.

—Retírese, capitán. Sólo le he llamado para notificarle que he prohibido la salida del recinto. Ordene a sus hombres que lo tengan todo dispuesto para partir.

—Sí, señor —replicó Salvochea, levantándose.

Se dirigió hacia la salida y cerró la puerta de un fuerte golpe.

* * *

Alice no pudo averiguar lo que sucedía abajo en la ciudad. Las patrullas armadas aumentaron, pero desde arriba todo parecía totalmente tranquilo. Sin embargo, la guarnición en el astropuerto costero fue reforzada.

Seis días más tarde, la escuadrilla de Salvochea fue enviada al sector de vigilancia. A medio camino se cruzaron con los cruceros que regresaban y el capitán intercambió una breve conversación con el otro jefe, Ross Callahan, quien advirtió antes de despedirse:

—Ten cuidado, Salvochea. Cuando regresábamos notamos cierta

anomalía en el foco de Orlea.

En aquel momento Alice estaba en el reducido puente de mando del crucero B-l y se quedó pensativa después de las palabras de Callahan. Salvochea la descubrió en tal estado y le rogó que dijese lo que pensaba.

—Todo esto es muy extraño, señor —comentó Alice. Mostró una lámina de plástico—. Antes de embarcar recogí un mensaje.

El capitán lo miró ceñudo. Estaba cifrado y no pudo interpretar nada.

—Explíquese —pidió.

—Me lo envió la doctora Patterson.

—Es la mujer que cuida el reacondicionamiento del coronel Cooper, ¿no es así?

—Sí. Antes de salir del Sistema Solar le pedí por medio de un mensaje que preguntase a mi padre acerca del comandante Brogden. Ella ha debido tardar más de lo que pensé en hablar con mi padre, porque en su estado cualquier noticia puede alterarle.

—Lo sé.

—Bien. Mi padre soportó la entrevista y respondió a mi pregunta.

—Vamos, dígame lo que sea. Me está impacientando.

—Al parecer, mi padre sostuvo con Brogden una agria discusión. Llegó a Shefuran en viaje de inspección y debió ver algo que no le gustó del todo. Luego partió en misión de patrulla cerca de Kerma y Orlea. Allí fue atacado súbitamente, en el momento en que su Unex emergió del hiperespacio. Y ya sabe usted que durante los primeros treinta segundos una nave en tales condiciones está indefensa.

—¿Quiere decir que le estaban esperando?

—Exactamente. En su estado no pudo presentar los informes adecuados, y los otros supervivientes no sabían nada de lo que discutió con Brogden. Al parecer, las pruebas que mi padre llevaba fueron totalmente destruidas en la Unex.

Salvochea la tomó del brazo y la sacó del puente. Aunque habían hablado quedamente y los otros dos hombres no habían podido escuchar nada, la condujo hasta su habitáculo. Cerró la puerta y miró a Alice.

—Lo que está diciendo es muy grave, sargento Cooper —aseguró Salvochea—. Está acusando a un jefe del Orden.

—¿Lo cree así? —Sonrió Alice irónicamente—. Puedo decir que la acusación parte de mi padre, pero no me atemoriza hacer mías esas acusaciones. Sí, capitán, yo pienso que Brogden comunicó a los de Kerma y Orlea el punto exacto donde la Unex de mi padre iba a salir del hiperespacio. Necesitaba que él muriera y las pruebas desaparecieran.

Volvió a mostrar el mensaje.

—¿Qué dice?

—Veo que se ha dado cuenta que es ilegible para usted. Mi padre y yo hemos usado siempre, aunque como un simple juego, una forma de comunicación personal. Él intuyó que debía contestarme en secreto. ¿Qué hubiera pensado el comandante de este texto, de haber llegado a él? Seguro que me habría quitado de en medio. Mi padre aún ignora dónde estoy, capitán. Seguramente su mente estallaría si lo supiera.

Salvochea suspiró profundamente. Se apoyó contra la pequeña mesa.

—Y bien, Cooper… ¿Qué insinúa?

—Puede devolverme esposada y con mil cargos en contra a la Tierra, capitán, pero yo acuso a Brogden de colaboración con los hombres libres de Kerma y Orlea, aunque eso de libres es una incongruencia. En esos dos mundos aún sobreviven ideales imperialistas, como bien sabe. ¿Quién puede predecir lo que se cuece allí?

—Pero es sólo una conjetura de su padre, Cooper.

—Es suficiente para mí. Antes de partir hacia su última misión, mi padre me habló de que tenía que arreglar un asunto con cierto comandante de un lejano puesto perdido. Me habló del hombre, pero lo olvidé. Cuando supe quién era el jefe en Shefuran pedí explicaciones a mi padre. Y ahora estoy segura.

El capitán asintió con vigor. Sonrió con amplitud.

—Gracias, sargento. Ahora puedo confiar en usted. Yo estoy aquí de regreso porque el Alto Mando está interesado en el asunto. El coronel Cooper debió llevar a la Tierra importantes informes que, desgraciadamente, se perdieron en la Unex destruida, y su estado no era el más apropiado para someterlo a un interrogatorio. Como

sabe, ya estuve antes aquí… y detecté los primeros síntomas. Informé de ellos al coronel Cooper y él prosiguió las investigaciones. Regresé a la Tierra y me enteré del ataque a la Unex. Entonces solicité volver. Creo que mi presencia ha puesto nervioso a Brogden.

—Exacto, señor. Y ahora temo que algo ocurra en este servicio. El capitán Callahan ha detectado movimientos en el cono correspondiente a Orlea.

—Lo sé. Estaremos alerta.

—Puede ser un movimiento de distracción. No olvidemos la espalda y vigilemos también a Kerma.

Salvochea la miró sorprendido.

—¿Es una intuición femenina, sargento?

—No lo sé. Creo que se trata de una deducción lógica.

—Está bien. Lo tendré en cuenta. No cuente a nadie lo que hemos hablado.

—No, señor.

—Nos veremos más tarde.

Antes que Alice llegase a la puerta, Salvochea la llamó.

—Dígame, sargento, ¿cómo no alcanzó el grado de alférez al salir de la academia?

Tristemente, Alice replicó:

—Ojalá lo supiera.

El capitán soltó un bufido y empezó a revisar unos planos espaciales en su lector privado.

—A veces ocurren fallos —dijo—. Y no será la primera vez que la academia ha de rectificar.

Alice salió del habitáculo. Le flotaba una sonrisa en sus labios.

CAPÍTULO V

Phil Stenzel había dado la voz de alarma cuando su crucero fue atacado. La escuadrilla llevaba navegando a reducida velocidad hacía dos horas, separada cada nave unos diez mil kilómetros de las más cercanas.

El crucero de Stenzel cubría la retaguardia. Las naves enemigas aparecieron de forma inesperada, surgiendo del hiperespacio, y diez segundos más tarde pasaron a superlumínico.

Aunque el piloto de Stenzel captó la presencia enemiga y pudo acelerar para evitar el impacto de seis misiles, no logró impedir que una tremenda explosión en las toberas dejase el crucero al pairo.

Las naves
B-5
y
B-4
acudieron prestas en acción de socorro. Entonces fueron atacados por los flancos con una docena de misiles. Ambas explotaron en medio de una gigantesca nube roja, que se consumió en escasos segundos.

Stenzel contactó con el crucero
B-l
y su imagen miró a Alice cuando anunció estoicamente:

—Lo siento, hermosa, pero me temo que ésta será la última vez que veré tu rostro.

Alice comprobó horrorizada que el rostro de Stenzel dentro del cubo de comunicación se difuminaba. Pensó que la energía a bordo del crucero
B-6
estaba fallando.

—Vamos en seguida en tu auxilio, Phil.

—No seáis locos. Nos atacan más de dos docenas de naves bien

armadas, aunque esos misiles no sean nada del otro mundo. Pero cuando pillan a uno por sorpresa son peores que las descargas láser.

El capitán Salvochea se inclinó sobre el cubo. Estaba pálido y dijo a Stenzel:

—Manténgalos a raya cuanto pueda, teniente. Estamos virando y llegaremos allí antes de veinte minutos.

Alice se mordió los labios. En veinte minutos, según estaba la situación, el enemigo podía destruir diez veces el crucero de Stenzel. Las tres naves restantes de la escuadrilla estaban a más de treinta mil kilómetros de su posición. Y no se podía recorrer una distancia tan corta por el hiperespacio. Forzosamente había que usar velocidad sublumínica.

Y además ellos podían ser atacados durante el recorrido, aunque el enemigo no contaba ya con el factor sorpresa. Los sistemas de detección de los tres cruceros estaban alertas y podían captar la presencia atacante antes que lanzasen sus misiles.

—Capitán, hemos sido alcanzados de nuevo. Pero esta vez se trata de una bomba muy débil. Ya entiendo. Esos bastardos pretenden abordarnos. Les recibiremos como se merecen y…

La imagen se borró del cubo y Alice apretó los puños con rabia.

—Vamos, sargento; ahora debemos ocuparnos de nosotros.

La mujer le dirigió una mirada iracunda.

—Querrá decir del teniente Stenzel y sus hombres.

—Sí, también. Pero me temo que el enemigo ha planteado bien el ataque y tratarán de cortarnos el camino. ¿Es que no se ha dado cuenta de que toda la acción está encaminada a coger prisioneros?

Cinco minutos más tarde fueron atacados. Pero fue algo burdo. Los misiles que les lanzaron fueron fácilmente atajados por una cortina de láseres. Luego avistaron las naves enemigas. Eran tres.

Alice las observó por el telescopio. Usaban coraza de energía, pero la captó muy débil. Eran naves viejas, tal vez reliquias del Gran Imperio. Concretamente, naves procedentes de Kerma u Orlea, o de ambos mundos.

Los tres cruceros del Orden se abrieron en formación de batalla y dispararon al mismo tiempo. Una nave enemiga se desintegró dentro de una bola verde, otra fue alcanzada pero pudo escapar y la tercera se lanzó dentro del hiperespacio después de una temeraria aceleración.

Pero el resto de la flotilla había tenido que reducir su velocidad. Se perdieron unos minutos preciosos.

Cuando casi una hora más tarde se alcanzó el punto donde el crucero de Stenzel había quedado al pairo comprendieron que era demasiado tarde.

No había el menor rastro de las
B-4
y
B-5
. El crucero
B-6
estaba casi destrozado y cuando unos hombres entraron en él regresaron informando que sólo habían encontrado seis cadáveres, de los cuales uno era de un hombre no perteneciente a la tripulación.

Salvochea bajó la mirada, abatido. Dijo a Alice:

—Se los han llevado. ¿Se imagina para qué han desplegado tantas naves los hombres de Kerma y Orlea, incluso sacrificando una para contenernos e impedirnos llegar a tiempo?

Alice asintió. Con voz estrangulada dijo:

—Quieren interrogarlos. Pero ¿qué quieren saber?

El capitán se alzó de hombros.

—Ojalá lo supiera. Tengo que informar a la base Koreli. Lo haremos cuando nos hayamos alejado lo suficiente de la Nebulosa. Ahora no podemos hacerlo a causa de las interferencias.

* * *

Veinte horas más tarde, cuando el tiempo de la misión estaba concluyendo, Salvochea pudo contactar con Koreli. Pidió la presencia del comandante Brogden.

Brogden no le dejó hablar. Su rostro enrojecido parecía querer salirse del cubo de comunicación.

—¡Capitán Salvochea! ¿Qué demonios está pasando? Llevamos más de un día intentando comunicarnos con ustedes.

—Estábamos en un sector de alta interferencia, señor —replicó el capitán—. ¿Es que no lo sabía?

—Tendrá que justificármelo, capitán. La escuadrilla A, que partió para reemplazarles, ha sido destruida totalmente.

Alice y Pedro se miraron.

—Nosotros hemos sido también atacados, señor —silabeó Salvochea—. Curiosamente, el enemigo conocía nuestros puntos de salida del hiperespacio y nos aguardaba tranquilamente.

Explicó las bajas al mismo tiempo que la rojez del comandante dejaba paso a una cadavérica palidez.

—Regresen inmediatamente —gorjeó el comandante—. Por el momento no enviaremos más escuadrillas a patrullar.

—Vamos de regreso, señor. ¿Qué tal está la situación en el planeta?

—La conocerá cuando regrese.

La comunicación se cortó y Salvochea movió la cabeza, con desesperación.

—Sólo hay una solución, sargento… —Alice esperó en silencio una aclaración—. Si el comandante no envía un mensaje de urgencia a Carmagan lo haré yo, asumiendo cualquier riesgo.

—Tiene que hacerlo —apuntó Alice.

—No está obligado, según el Código; pero este planeta tiene que ser reforzado, pese a su teóricamente escasa categoría.

—El Alto Mando tiene que saber lo que está sucediendo. Capitán, nosotros hemos sido atacados de la misma forma que la Unex de mi padre. El coronel Cooper fue sorprendido con el mismo procedimiento usado contra Stenzel. ¡El enemigo sabía el sitio exacto donde nosotros íbamos a aparecer! Nos esperaban. De otra forma no habrían logrado tocarnos con un solo misil.

—Mi estancia en Shefuran no es oficial, sargento. Aún no tengo pruebas, sólo conjeturas.

—¿Es que necesitamos más? Ya han muerto muchos hombres. ¿Qué más hace falta para acusar a Brogden de traición?

Salvochea abatió la cabeza. Se restregó la frente con la mano.

—Nos falta paciencia y tiempo, entre otras cosas.

* * *

Apenas regresaron a Shefuran, un mensaje de Brogden cuando aún no habían atravesado la atmósfera ordenó al comandante que dos de sus cruceros descendieran en el pequeño astropuerto costero. No hubo ninguna otra explicación.

Cuando se posaron en las pistas de la base Koreli sólo vieron allí

dos cruceros de la flotilla C. Un soldado esperaba a Salvochea para decirle que todos los oficiales estaban reunidos con el comandante y que él debía ir de inmediato.

Alice tuvo que ocuparse de la inspección del crucero y explicar a los técnicos lo sucedido, exigiéndoles que trabajasen aprisa. Al escucharla el sargento mayor, movió la cabeza con pesimismo.

—No creo que vuelvan a efectuarse patrullas por la Nebulosa. Al menos, no por el momento.

—¿Qué pasa? —inquirió Alice, ceñuda.

—Oh, la ciudad está ahora tranquila, pero la destrucción de la segunda escuadrilla ha trastornado al jefe. Creo que está asustado. Se vigilará este planeta utilizando los sistemas de superficie.

—No será por mucho tiempo. Tendrán que enviarnos refuerzos desde Carmagan. La Nebulosa no puede quedar sin vigilancia, y mucho menos ahora. Sabemos que esos tipos están envalentonándose y…

—Pues hasta el momento el jefe no ha enviado ningún informe a Carmagan —replicó el sargento mayor, limpiándose las manos llenas de grasa con un trapo sucio—. Es posible que después de la reunión que está celebrando con los oficiales se haga algo… Pero por el momento, no.

Alice se alejó de las pistas conteniendo a duras penas su malhumor. Pasó delante del alojamiento de Brogden y su malestar aumentó cuando observó que en la puerta estaban dos soldados armados montando guardia.

¿Por qué aquella absurda precaución dentro del recinto? ¿No había acaso problemas más acuciantes?

Aunque estaba deseando tomarse una ducha fría, se dirigió hacia los muros. También allí había centinelas. Se apoyó contra la pared y miró hacia la ciudad.

Todo parecía tranquilo. La animación en las avenidas y plazas era grande. También eran numerosos los barcos que subían o bajaban por el río. Y en los muelles se descargaban toneladas de peces, que llenaban camiones y carretas y partían hacia los mercados o factorías de transformación. Usó sus binoculares para asegurarse de que los humanos deambulaban mezclados con los nativos con total indiferencia.

El conato de alteración de la paz parecía haber desaparecido

totalmente. Alice suspiró y guardó sus binoculares. Iba a descender del muro cuando percibió algo en los arrabales de la ciudad.

Eran grupos de nativos que se congregaban para charlar. Lo hacían en sitios no frecuentados por los humanos residentes. Parecían algo alterados. Movían sus tentáculos y pegaban saltitos. Alice ya sabía que así demostraban su excitación.

Se alejó del muro muy preocupada. Según su criterio, la situación no solamente era grave en el espacio, sino también en el planeta.

* * *

Alice no pudo ver de nuevo a Salvochea hasta dos días más tarde. El capitán tenía profundas ojeras y regresaba de la ciudad, exactamente de los muelles, en donde había supervisado ciertas operaciones mercantiles. Algunos cientos de toneladas de harina de pescado se estaban enviando al astropuerto.

Dentro de dos días llegaría un gran carguero en su busca.

—¿Por qué no se ha informado a Carmagan? —le preguntó Alice abruptamente.

Salvochea rehuyó la airada mirada de la chica.

—El comandante opina que puede controlar la situación. No quiere alarmar al Alto Mando hasta que no sea preciso. Desde mañana se enviará una nave a la Nebulosa. Estará allí una semana, hasta su relevo.

—¡Pero no tenemos efectivos ni para eso!

—¿Cree que no lo sé? —Masculló el capitán—. Insistí varias veces al comandante y no obtuve nada. Incluso amenazó con arrestarme.

Alice cruzó los brazos.

—Usted dijo que actuaría por su cuenta.

—Me vigila. Procura que me mantenga alejado de la torre de control, donde tenemos el único comunicador con potencia para contactar con Carmagan. Y sospecho que ha dado órdenes expresas de que se me niegue la entrada.

Alice se pasó la mano por la cara.

—Y seguimos sin noticias de Phil Stenzel y los que quedan.

—¿Es que confía que el enemigo nos diga que están en perfectas condiciones? —Preguntó sorprendido el capitán—. Vamos,

sargento, no sea ingenua. Lamentablemente debemos olvidarnos de ellos.

Se alejó de Alice, con la mirada baja. Ella sintió pena por él. Estaba segura que Salvochea estaba pasando unos momentos muy malos. Pero se encontraba atado por la terquedad del comandante o porque éste veía en el capitán su más palpable enemigo.

* * *

A causa de la normalidad, y una vez supo que no iba a salir al espacio hasta dentro de tres semanas, si el ritmo del servicio seguía igual, Alice solicitó permiso para salir del recinto.

—Quiero ir al palacio de *Lord* Tensage —explicó a Carla Livornes, que aquel día se hallaba de servicio de guardia.

Carla la miró contrariada.

—Vaya, precisamente hoy que no puedo moverme. ¿Qué mosca te ha picado?

—Estoy libre todo el día y no sé si mañana o los días sucesivos podré hacerlo.

—Está bien —suspiró Carla—. Me habría gustado acompañarte. Puedes tomar un coche. Hasta el palacio hay una molesta caminata, siempre subiendo.

Alice se acomodó en el coche que le llevó un soldado, saludó a Carla y cruzó la salida.

Durante el camino pensó repetidas veces en Phil.

* * *

Phil Stenzel aprendió mucho aquellos días respecto a los hombres que vivían en Kerma. Le habían llevado a Kerma, pero en seguida comprendió que entre los hombres que abordaron su crucero y los redujeron a él y su escasa tripulación, había también de Orlea.

Sus hombres y él fueron tratados con rudeza, con un odio que no pudo comprender inicialmente, aunque más tarde, cuando descendieron en el planeta, asimiló las motivaciones.

Kerma era un mundo asqueroso. Tal vez algunos siglos atrás fue muy parecido a la Tierra, pero una rapiña desenfrenada lo había esquilmado. Sus recursos eran escasos y la atmósfera padecía

profundos rastros de contaminación.

Apenas pudo ver algo de la vieja y semiderruida ciudad a que fueron llevados desde el destartalado campo espacial, pero fue lo suficiente para comprender que los viejos adictos del Gran Imperio sobrellevaban una vida precaria.

En el astropuerto habían muchas naves, todas viejas aunque muy cuidadas. De cualquier manera eran temibles en la lucha espacial, como bien pudieron comprobar.

Los hombres de Kerma se distinguían de los de Orlea por sus ropas grises y pañuelos amarillos atados al cuello. Los de Orlea eran escasos, y sus pseudouniformes se limitaban a casacas rojas y cascos de acero. Pero ambos grupos parecían estar muy unidos, bromeaban entre sí y reían a menudo mientras maltrataban a los prisioneros.

Entre los soldados había varias mujeres, que por su tosquedad y forma vulgar de expresarse no lo parecieron al principio. Phil fue separado de sus hombres y encerrado en una celda llena de suciedad. En un rincón tenía un agujero maloliente para sus necesidades y en otro un montón de trapos viejos que debían servirle como lecho. Le llevaron una bazofia de comida y una botella de agua.

Al día siguiente fueron a buscarle, le metieron en una habitación fuertemente iluminada, le tendieron en una cama y unos hombres le ataron a ella con correas. Cuando una mujer con bata blanca se acercó sonriente, Phil comprendió que iba a ser sometido a un interrogatorio a base de drogas. Algo antiguo, pero que seguía teniendo su eficacia.

Sintió que le inyectaban y segundos más tarde perdió el conocimiento. O al menos su subconsciente no se percató de nada.

Cuando despertó estaba de nuevo en la celda, y un tremendo dolor de cabeza le atormentaba. No supo exactamente cuánto tiempo había estado sin sentido. El carcelero llegó con la comida y le preguntó qué había pasado.

—Has hablado hasta por los codos, amigo —rió el carcelero.

Phil reprimió sus ansias de saltar sobre él y golpearle al ver que en el pasillo había dos hombres armados que miraban al interior de la celda por la puerta semiabierta.

Pasó unas horas terribles. Vomitó la comida y el dolor de cabeza seguía atormentándole. Apenas pudo conciliar el sueño. Cuando

despertó fue a causa del ruido de la puerta al abrirse. Entró el carcelero y le propinó una patada, al tiempo que decía:

—Vamos, levántate. Quiere verte el jefe.

Cuando pasó delante de unas puertas cerradas pensó que tal vez al otro lado estaban sus hombres. Fue conducido a los pisos altos. Le metieron en una habitación alargada. Allí estaban tres hombres y una mujer. La mortecina luz del sol de Kerma entraba por una ventana.

La mujer ordenó a los soldados que le soltasen y Phil pudo desentumecer los brazos.

—Puedes sentarte, teniente —dijo la mujer, señalándole una silla colocada delante de la mesa. Era de mediana edad, y posiblemente unos años antes fue una deslumbrante belleza—. Me llamo Adargha. ¿Te imaginas para qué te hemos traído aquí?

Phil se encogió de hombros.

—No creo que para hablar. Supongo que ya sabéis todo lo que os interesa.

La mujer asintió.

—Efectivamente. Tus hombres y tú habéis hablado, y contado todo lo que nos interesaba saber; pero no es mucho, desgraciadamente. Creo que debimos haber asaltado la nave del capitán Salvochea. Realmente fuimos a por él, pero vuestra formación no era la que esperábamos.

—Entiendo. Habíais pensado que la nave del capitán cerraría la formación, ¿no?

—Dejemos eso. Comprenderás que tú y tus hombres ya no nos servís para nada y lo lógico sería mataros. Pero aún tienes una posibilidad de vivir.

—Pienso que no me interesará.

—Eso tú lo juzgarás. Disponemos de drogas para hacer hablar al más recalcitrante, reliquias de los tiempos del Gran Imperio, pero no podemos obligarte a que conduzcas nuestras naves hacia Shefuran. Eso tienes que hacerlo conscientemente.

Phil arrugó el ceño. Adargha emitió una sonrisa y siguió:

—Aunque desde Shefuran no enviarán más naves de patrulla por el momento y este hecho nos dejará con gran capacidad de maniobra, sabemos que para penetrar en el planeta burlando las defensas automáticas es preciso comunicar un código. Tú nos has

dicho cuál es el código, pero no podemos reproducir tu voz. Claro que podemos obligarte a grabarla, pero estaría demasiado alterada y seríamos descubiertos. Por lo tanto, teniente, te ofrecemos la vida e incluso algo más a cambio de que colabores en una pequeñez.

—Casi nada —escupió Phil—. Me pedís que traicione a los míos y…

—Déjate de tonterías. Sabemos que estás harto de servir el Orden y que pensabas dejar la organización en breve. Éste es el momento. Puedes largarte al planeta que desees con algún dinero. Nadie podrá encontrarte nunca.

—¿Y mis hombres?

—Quedan tres. También te ofrezco sus vidas.

—Quisiera hablar con ellos.

La mujer se volvió para mirar a los tres hombres. Éstos fueron asintiendo.

—De acuerdo. ¿Por qué quieres hablarles?

—Deseo saber si efectivamente están vivos y contarles lo que pasa.

—Podrían no estar de acuerdo contigo…

—Los conozco y son gente que quiere conservar su pellejo. Por cierto, ¿es que realmente piensas asaltar Shefuran? Puedo aconsejarte que no lo hagas. De Carmagan llegarán flotas para despedazaros…

Adargha soltó una sonora risotada.

—He tenido muchos años para estudiar la forma que actúa el Orden Estelar. Conozco sus normas al dedillo. Nosotros somos las únicas reliquias que perduran del Gran Imperio y odiamos al Orden y cuanto representan, sus ideales democráticos y sus leyes filantrópicas. Si ellos están ahora en Shefuran es porque sus aborígenes lo permiten. Apenas sean derrotados informaremos a la galaxia que en Shefuran el Orden no es bien recibido. Tendrán que retirarse si quieren mantenerse fieles a sus estúpidos principios.

Phil no supo qué contestar. Aquella mujer sabía lo que se decía. Shefuran no era un mundo importante, pero sin su control las rutas estelares del Orden se verían seriamente afectadas. Y aquel núcleo de atávicos imperialistas dispondría de una amplia zona estelar para conservar la maligna semilla del Gran Imperio.

La única posibilidad era que las flotas establecidas en la Rueda,

en Carmagan, fueran alertadas a tiempo e impidiesen la invasión de Shefuran por las fanáticas hordas de Kerma y Orlea.

La mujer señaló a Phil a los soldados.

—Lleváoslo a una celda más limpia, que esté con sus hombres y todos coman decentemente. —Miró a Phil—. Teniente, confío que sabrás decidir como hombre sensato. Lamentaría tu negativa, pero eso no nos detendría. Apenas sufriríamos unas pequeñas bajas sin tu ayuda. Y hombres nos sobran.

CAPÍTULO VI

Alice fue conducida a un gran salón rectangular. El altísimo techo era soportado por dos docenas de columnas dóricas de mármol rojo. Pensó que tal material no existía en Shefuran. Tal vez fueron llevadas allí hacía siglos. Debieron costar una fortuna, pero recordó que el Gran Imperio derrochó ingentes fortunas en pueriles obras, productos de desequilibrados gobernantes que apenas tenían que dar cuentas de su gestión a la Corte Imperial.

Había una larguísima mesa de noble madera oscura en el centro del salón, pero apenas media docena de enormes sillones situados en uno de los extremos. Un examen detenido había permitido a Alice, mientras esperaba la aparición de *Lord* Tensage, comprender que el palacio prácticamente estaba en ruinas. Los tapices que colgaban de las paredes estaban ajados y los dorados de los sillones habían desaparecido hacía tiempo. Incluso el piso… Las grandes losas de mármol de diversos colores estaban rotas y en algunos sitios faltaban, siendo reemplazadas por una sucia argamasa.

Alice fue conducida allí por un sirviente nativo. Hablaba bastante correctamente el idioma terrestre y aseguró que *Lord* Tensage acudiría pronto.

El camino hasta el palacio había sido penoso. Las curvas eran numerosas y la ausencia de un piso firme sobre el que se sustentase el vehículo para su flotación obligó a Alice a no distraerse.

Ahora se encontraba allí y no dejaba de preguntarse si valdría la pena conocer a *Lord* Tensage, cumpliendo así lo que parecía acto obligado para los recién llegados a Shefuran. En seguida se respondió que precisaba de algo distinto a la rutina en la base. Tenía que apartar de su mente, aunque sólo fuese por un par de horas, la tensión en que se veía obligada a vivir.

Alzó la mirada y la detuvo sobre un deteriorado escudo imperial. Pero estaba limpio de cualquier rastro de polvo, como si

fuera lo único que en el palacio fuese cuidado con esmero.

Escuchó pasos mesurados a su derecha y mientras se volvía hacia allí escuchó una bien timbrada voz que dijo:

—Es algo hermoso. El abuelo de mi bisabuelo lo recibió como recompensa de manos del propio emperador antes de ser destinado a este mundo.

Un hombre alto y delgado, de pelo canoso y puntiaguda barba, se acercaba sonriente. Vestía ropas que estuvieron a punto de provocar la risa en Alice. Eran como sacadas de una vieja reproducción histórica, según la moda imperante en la Tierra hacía cuatro siglos o más.

Lord Tensage hizo una leve inclinación cuando se detuvo delante de Alice.

—Es un placer recibirla en mi modesta morada, dama…

Dejó la frase en suspenso y Alice se apresuró a presentarse:

—Sargento Alice Cooper.

—Para mí será dama Alice —repuso el *Lord*, tomando delicadamente la diestra de ella y acercándola a sus labios—. Me molesta que las mujeres ostenten rangos militares.

—Como usted desee, duque Tensage.

—Llámeme Tensage a secas —la sonrisa del hombre se acentuó —. Aunque le hayan dicho que estoy un poco loco, sé que los tiempos han cambiado y mi título vale sólo la paciencia del verdadero amo de Shefuran, en este caso el comandante Brogden.

Alice se quedó cortada. Los ojos de aquel hombre no denotaban ninguna clase de locura. Tal vez estuviese un poco chiflado, pero todo él irradiaba una inteligencia poco común.

—Es usted muy amable, Tensage.

En la estancia entraron dos shefuranitas que depositaron sobre la larga mesa unas bandejas de plata con viandas y vinos. *Lord* Tensage llenó dos copas de brillante cristal rojo, ofreciendo una a la mujer.

—Bebamos por usted. —Y después de que chocaran levemente las copas, añadió—: Y por el Gran Imperio Terrestre.

Alice le observó levantar la copa hacia el escudo. Bebieron unos sorbos y él indicó las sillas, rogándola que se sentase.

Era una comida fría, a base de carnes y verduras. Los panecillos en cambio estaban calientes. Alice picó algo. Su anfitrión apenas

probó bocado y volvió a llenar las copas.

—¿Qué tal le parece el vino? —preguntó, con cierta ansiedad en su voz.

—Excelente —reconoció Alice—. Confieso que no he bebido en mi vida nada tan exquisito.

—En la bodega aún conservo algunos toneles, recuerdo de viejos tiempos pasados. Nunca lo uso con las gentes que suben a verme de vez en cuando, pero con usted he querido presentar lo mejor.

—¿Conmigo? Oh, supongo que esto se lo dirá usted a todos…

—No —la atajó el hombre con vigor—. No se trata de un cumplido. No malgastaría yo mi excelente vino, irreemplazable por cierto, con esos curiosos que vienen a verme apenas llegan al planeta. Durante muchos días la he estado esperando, dama Alice.

—¿A mí? Es difícil creerlo.

—Nunca miento. Lleva demasiado tiempo en Shefuran. ¿Por qué ha tardado tanto en decidirse a subir? Generalmente los recién llegados lo hacen en seguida. En cambio usted… —Chasqueó la lengua, como si reprobase la actitud de Alice.

—He estado demasiado ocupada. ¿Cómo sabía de mi llegada?

Lord Tensage soltó una risita divertida.

—Mis amigos shefuranitas suelen entrar en la base Koreli para llevar pescado fresco y otras viandas. Saben cuándo hay caras nuevas y demás. Usted llegó con el teniente Stenzel y el capitán Salvochea. Este último ya me visitó la primera vez que fue destinado a Shefuran. En cuanto al teniente Stenzel… Es una desgracia lo que le ha pasado. Lamento no haberle conocido.

—¿También le han dicho sus amigos nativos que desapareció en el espacio?

El hombre formó un gesto de indiferencia, apresurándose a pedir:

—Hablemos de nosotros. Las mujeres suelen ser más curiosas que los hombres, aunque vistan el mismo uniforme que ellos. ¿Cómo tardó tanto en subir, dama Alice? Es algo que no le perdonaré. Me habían dicho que era usted muy bella y creo que se quedaron cortos. Realmente es encantadora.

Alice no pudo evitar el ruborizarse. Bebió otro sorbo y se dijo que no debía abusar de la bebida. Tal vez aquel tipo solitario estaba tratando de emborracharla. Recordó que Carla Livornes la había

advertido que siempre deseaba llevarse a la cama a las mujeres jóvenes.

—*Lady* Tensage puede oírle, señor.

—No existe tal señora —replicó el hombre, mostrándose asombrado.

—Yo pensé que… Bueno, los duques de Tensage se han sucedido durante muchos años. Por lo tanto, era lógico pensar en duquesas.

—Mis ascendientes sí gozaron de reconfortante compañía femenina. A veces tuvieron que elegirlas entre la población humana de Shefuran, pero actualmente las mujeres son zafias y prefiero vivir solo.

—Entonces el linaje acabará con usted.

—Confío que eso no suceda —Tensage se llevó un dedo a los labios—. Como secreto, puedo anticiparle que tal vez con su ayuda la descendencia de mi casa no se interrumpa. Eso lo he decidido apenas la he visto.

Alice soltó una carcajada nerviosa. Se alegró cuando Tensage la acompañó, corroborando con su actitud que bromeaba.

—Quédese unos días como invitada mía, dama Alice. —Y dijo, interrumpiendo el comienzo de una protesta de ella—: Oh, no piense eso. No crea lo que dicen de mí. No soy ningún tipo lujurioso. Sé todo lo que cuentan de mí en la base. Claro que alguna vez he hecho proposiciones directas a alguna oficial o soldado joven y bonita, pero creo que fue para no echar por tierra mi reputación de hombre maduro siempre con hambre sexual. No quería desengañarla, ¿sabe?

—¿Tengo que creerle, Tensage?

—Claro que sí. Me gustaría enseñarle todo el palacio… bueno, lo que queda de él. Pero aún existen cosas interesantes que nunca mostré a otros autoinvitados, porque casi todos subían hasta aquí para reírse a mis espaldas. Puedo darle un dormitorio que tiene una buena cerradura, si es lo que le preocupa.

—No es eso, señor. Sólo tengo permiso por unas horas. No llegué muy animada, pero ahora estoy contenta de haber venido. Es usted todo lo contrario de lo que…

—Vamos, no se detenga. Tal vez no sea el viejo chiflado que le dijeron —suspiró Tensage y su mirada se elevó nostálgica hacia el escudo—. Pero reconozco que siento añoranzas por el pasado, por

un tiempo que sólo conocí por los relatos de mi padre, quien a su vez los escuchó del propio. Muchos odiaron al Gran Imperio, pero no todo en él era malo, ¿no lo cree así?

—Es posible que tuviera sus virtudes. Sí, creo que hubo algunos períodos eficaces, sobre todo al principio.

Por un instante, los ojos penetrantes de Tensage relampaguearon.

—No cayó por sí solo, no. El Imperio cayó porque así lo quisieron seres rastreros y ambiciosos. Y ¿qué pasó después, cuando el poder imperial dejó de tender su mano sobre miles de mundos? El caos. Durante casi dos siglos todo fue un caos, y hubo cientos de guerras por todo el foco principal de la galaxia. Casi desapareció la humanidad. Se dieron cuenta muy tarde de que con la desaparición del Imperio el hombre hubiera podido ser destruido, consumido por otras razas más salvajes que sólo el emperador sabía mantener a raya.

—Todos los imperios se alzan y caen, señor.

—Pero la gente debe darse cuenta cuando algo que se crea es vital. El Gran Imperio era vital para la expansión del hombre por el cosmos… —Movió la mano derecha como si apartase viejos fantasmas—. Pero dejemos eso, preciosa dama. Este planeta es, tal vez, el último que guardó fidelidad al emperador. Creo que mis antepasados ya no sabían cómo se llamaba su amo imperial, pero no les importaba. Esperaban la nueva llegada con órdenes precisas. ¿Y qué ocurrió entonces? Se presentaron unos hombres a bordo de doradas naves diciendo que ellos representaban a la Tierra, a los nuevos seres libres de la galaxia. Concretamente, al Orden Estelar, una extraña organización que estaba recuperando los viejos mundos imperiales.

»Pero sus naves armadas no venían en son de guerra, según dijeron, sino sólo para defenderse. No querían que ningún mundo en contra de la voluntad mayoritaria de sus habitantes se uniese a su organización.

—Así es, señor. Me alegra que conozca nuestros métodos, el Código por el cual se rige el Orden Estelar.

La cabeza de Tensage se ladeó y su sonrisa se hizo escéptica.

—Recuerde usted que dijo que nada es perdurable. Algún día los hijos del Orden devorarán a su madre desde el mismo interior del

vientre.

—Tal vez —Alice empezó a sentirse molesta—. Pero admita que lo que afirmamos es cierto. Cuando llegaron los primeros hombres representando al Orden, afirmaron que sólo permanecerían aquí si sus habitantes nativos y humanos lo permitían. El beneplácito fue unánime, ¿no?

—Sí. Excepto por mi antepasado, que se negó.

—Pero nadie propuso que fuese destituido de su… honorífico cargo.

—No me ofenderé si dice que mi presencia en este asqueroso palacio es una limosna del eventual comandante de la base Koreli. Algún día llegará quien se canse de mí y me eche a patadas.

La discusión estaba entrando en un aspecto que Alice no deseaba profundizar. Cambió de tema y preguntó a Tensage por algunos tapices. El *Lord* le mostró en una habitación cercana algunos que aún conservaban parte de su color.

—Representan viejas glorias del Imperio. Este sector estelar era muy importante para las rutas imperiales. Por ejemplo, en la Nebulosa Altear existían ricos planetas mineros que este mundo alimentaba.

—Orlea y Kerma —apuntó Alice.

—Sí, esos dos mundos proporcionaron al Gran Imperio durante un milenio todo el mineral que necesitó en este sector, suficiente para suministrar a cien planetas. Se agotaron pronto y desde hace siglos languidecen, y sus habitantes morirán pronto.

—El Orden hace tiempo les propuso evacuarlos…

—Ellos nunca consentirán —exclamó Tensage—. Son orgullosos. Siempre fueron fieles al Imperio y se dejarán morir antes de rendirse.

—Nadie pidió que se rindieran, sino que se les ofreció ayuda desinteresada. Y actualmente no hacen sino incordiarnos —replicó con cierta ira Alice, recordando que Stenzel y otros muchos compañeros habían muerto hacía pocos días.

—Déjenlos. Esos hombres están un poco locos. No tienen con qué construir nuevos navíos y sus depósitos de energía se les acaban. Pronto dejarán de resultarles un problema.

Se acercaron a una ventana. Lejos se perfilaban las siluetas de la base Koreli. Desde el palacio se dominaba perfectamente el recinto.

Más allá, en el llano, se extendía la ciudad. Por el río subían docenas de barcos. Los muelles estaban llenos de ellos. Alice se preguntó cómo era que ninguno iba río abajo. Las calles debían estar llenas a rebosar.

—El Imperio —dijo Tensage— nunca permitió que este mundo dejase de ser una inmensa reserva de comida procedente de sus extensos mares y océanos, pese a que sus riquezas mineras son tal vez superiores a las que una vez contaron Kerma y Orlea. Por ejemplo, nosotros estamos sobre una montaña de hierro, y más al norte existen yacimientos de cobre, cinc, plomo, uranio, etcétera.

Alice le escuchó perpleja. Ignorante del tema, permaneció callada.

En aquel momento entró un nativo y se situó a respetuosa distancia de Tensage. Le habló en el idioma shefuran, lleno de silbidos y chasquidos. La sorpresa de Alice fue enorme cuando Tensage le respondió de forma tal, que ella no encontró ninguna diferencia con la pronunciación del ser tentacular.

Cuando el nativo se hubo retirado, Tensage se volvió hacia Alice. Parecía contrariado.

—Creo que debemos darnos prisa si quiere ver el resto de las dependencias, dama Alice —dijo con voz tensa—. Algunos de mis sirvientes tienen problemas y sólo yo puedo resolverlos.

—No se inquiete, *Lord* Tensage. Precisamente es hora de marcharme.

Él la acompañó hasta la salida. Al pie de la escalinata y cerca del vehículo, *Lord* Tensage volvió a tomar la mano de la muchacha y rozó sus labios en ella.

—Ha sido un día inolvidable, dama Alice. ¡Me complacería tanto llamarla *Lady* Tensage!

—No pierda la esperanza. Tal vez algún día… —Sonrió Alice.

Desde el interior del vehículo saludó al hombre con la mano y éste dijo, antes que pusiera en marcha el motor:

—Así será muy pronto, preciosa dama mía.

Y Alice enfiló la zigzagueante carretera con la impresión que *Lord* Tensage no había bromeado esta vez.

* * *

Cuando Alice llegó al recinto lo encontró todo revuelto. Apenas

hubo descendido del coche cuando Carla la tomó de un brazo. Toda agitada, dijo:

—Gracias al cielo que has vuelto. Corre y toma tus armas. Ese deslizador esperará unos minutos aún.

—¿Qué sucede?

—Líos en la ciudad —masculló Carla.

Cruzó el patio un deslizador lleno de tropas. Pasó por la puerta a toda velocidad y, siempre flotando a dos metros de altura, se dirigió hacia el llano.

—Han matado a algunos humanos —se irguió Carla, empujando a Alice en dirección a su habitáculo—. El comandante ha enviado con ése dos pelotones y quiere tener dispuesto uno más, en el que irás tú. Se puso furioso porque algunos oficiales y tropas habían salido. ¿Es que no se acordaba que suspendió la restricción?

Alice no necesitó más. En menos de un minuto recogió sus armas y se caló el casco de acero, bajando la celada de plástico. Al salir del habitáculo casi se dio de bruces con el capitán Salvochea, quien también se iba preparando para el combate.

—Vaya al deslizador, sargento. ¿Dónde demonios estaba usted?

Ella señaló con el mentón el monte de *Lord* Tensage.

—¿No pudo elegir otro día? —Masculló Salvochea—. No sé cómo puede perder su tiempo con ese viejo loco.

—¿Loco el duque? —Alice soltó una exclamación de sorpresa. Irónica, añadió—: Ese tipo será un excéntrico, pero está muy cuerdo.

Salvochea sonrió un poco.

—En otra ocasión discutiremos eso. Ahora subamos al deslizador.

Apenas se hubieron acomodado en el interior cuando el comunicador lanzó su aviso y el capitán tomó el micrófono. Incluso desde el lugar donde Alice se hallaba escuchó la orden del comandante de bajar a la ciudad. La voz sonaba alterada, y sólo escuchó bien:

—… compañeros de permiso muertos. Las otras tropas no pudieron llegar a tiempo. Todo empezó en los muelles. No pierdan tiempo y regresen cuanto antes. Intenten sacar de las calles a cuantos humanos puedan.

El capitán indicó al conductor que partiese. El vehículo, con

veinte hombres y mujeres armados hasta los dientes, se puso en marcha. Al cruzar la salida, Alice vio el gesto de saludo de Carla.

Bajaron por las laderas a toda velocidad. En un momento tuvieron la ciudad a la derecha, y Alice creyó percibir denso humo en varios lugares.

—¿Cuándo empezó este jaleo, capitán? —preguntó Alice en voz baja.

—Hace apenas veinte minutos. Seguro que usted aún estaba allá arriba con ese majadero —replicó Salvochea, mientras inspeccionaba su pistola eléctrica.

Alice no respondió que había necesitado casi media hora en bajar debido a que desconocía la vieja carretera. La ciudad aún debía estar en calma cuando Tensage hablaba con el nativo en lengua shefuranita.

—Han estado llegando barcos cargados de nativos, seguramente desde hace muchas horas —comentó ella, mirando por encima de su hombro.

Al volverse, notó que el capitán la miraba intrigado.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo vi desde el palacio del duque. Desde allí se divisa no sólo la base, sino toda la ciudad y una gran parte del río.

—¡Qué estupidez! —graznó el capitán.

Alice no supo si aquella expresión se debía a su comentario o que Salvochea, al igual que ella, se había dado cuenta que resultaba intolerable que una base militar estuviese dominada desde la altura por la mansión de un singular individuo que se aferraba a vivir como si el Gran Imperio no se hubiera desvanecido.

Pero no tuvo tiempo de pedirle una aclaración. Estaban entrando en los arrabales de la ciudad. Algunos nativos corrían alejándose de ellos. Salvochea dio algunas instrucciones a sus tropas.

—Tenemos que acudir al centro, a los mercados. Allí los dos pelotones que nos precedieron están intentando liberar a un grupo de humanos que se refugiaron en las lonjas. Usen sus armas disuasivas no mortales mientras puedan. Pero si ven que los nativos están tan locos como dicen, no duden en disparar los láseres.

Antes de que llegasen a las zonas de los mercados notaron los primeros síntomas de hostilidad. Desde algunas casas les arrojaban

piedras, que golpeaban inofensivas sobre el blindado del vehículo.

—Me habían dicho que no había en la galaxia una raza más pacífica que la shefuranita —dijo Alice.

El capitán se rascó la barbilla después de alzarse la celada.

—Eso creía yo también, sargento, y no soy un recién llegado. He tenido ocasión de conocerlos bien. ¿Qué locura les habrá dado?

—Estuvieron alterados hace unos días, ¿no? Algo extraño les ocurre a estos seres.

—Cierto, se mostraban nerviosos y produjeron unas agresiones, pero se consideró que fueron motivadas por cuestiones mercantiles. Luego volvieron a portarse tan pacíficos como siempre. Apenas se retiran las patrullas… y zas, ocurre este jaleo.

Un soldado gritó, desde el fondo del vehículo:

—¡Y precisamente el día que el comandante decide enviar de nuevo los cruceros que nos quedaban al mando del oficial Callahan!

—Silencio, soldado. Nadie ha pedido su opinión —replicó Salvochea.

La mujer soltó un bufido y cruzó los brazos. Alice miró al capitán.

—¿Es cierto eso? —preguntó.

—Sí. No sé qué mosca le picó a Brogden, pero ordenó hace dos horas que partiesen los cruceros. Todos.

Alice crispó las manos. La base Koreli sólo contaba ahora con las tropas de tierra, algo insignificante.

Las pedradas arreciaron y sólo cesaron cuando al entrar en las explanadas del mercado los edificios se distanciaron de ellos. Vieron muchos cadáveres de nativos entre los derribados puestos. También algunos humanos, y éstos aparecían terriblemente destrozados. Escucharon disparos. No eran descargas inofensivas, sino secos estampidos de láser.

—¡Abajo! —gritó el capitán a sus tropas.

Saltaron al suelo, y Alice observó que un grupo de nativos corría alejándose de ellos. A la izquierda vio un deslizador tumbado. Junto a él había dos soldados muertos, llenos de sangre. El otro vehículo estaba un poco más allá, avanzando hacia unas construcciones grises cercadas por cientos o miles de shefuranitas.

CAPÍTULO VII

Cassidy, Sheila y Gómez, los tres supervivientes, se limitaron a asentir cuando Phil Stenzel les comunicó que Adargha les ofrecía la vida a cambio de traicionar a sus compañeros de Shefuran, pero que él pensaba aprovechar la menor oportunidad para hacer todo lo contrario. Sencillamente, pretendía conducir a las naves de Kerma y Orlea a una trampa.

Tal como había prometido Adargha, fue llevado junto con sus compañeros a una habitación más amplia y limpia. Hablaron en susurros —temiendo que existiesen micrófonos—, y además usaron un dialecto común entre muchos miembros del Orden. Phil estaba seguro de que no podría trazar ningún plan porque ignoraba cómo iban a transcurrir los acontecimientos.

—Tenemos nulas probabilidades de escapar de ésta, muchachos —añadió en voz baja—. Confío en alertar a las patrullas y que éstas intercepten las naves enemigas. En Shefuran aún quedan cruceros suficientes para enviar a esas viejas unidades al infierno.

—Pues a nosotros bien que nos atizaron —intervino Gómez.

—Fuimos traicionados: esos malditos bastardos nos esperaban.

Recibieron comida más decente, y al día siguiente fueron llevados al exterior y embarcados en una nave enorme, aunque destartalada. Tenso, Phil se hizo cargo de que ésta no disponía de ningún tipo de arma ofensiva moderna; sólo unos lanzadores de misiles. Y de los cuatro presentes, dos estaban cegados por la herrumbre.

Fueron encerrados en una habitación llena de desperdicios y materiales de desecho. Entonces Phil comentó:

—Adargha me ha dicho que cuando llegue el momento me sacarán de aquí y me pondrán delante de un transmisor, al acercarnos a los sistemas de vigilancia. Luego esta nave se rezagará, porque no porta tropas de desembarco. Eso indica que apenas habrá

media docena de tripulantes. Con un poco de suerte podríamos apoderarnos de ella…

—¿Nosotros cuatro desarmados, contra seis tipos desconfiados? —protestó Sheila, quejumbrosa—. Lo más seguro es que cuando sean burladas las vigilancias nos arrojen al espacio.

Phil asintió.

—Sí, eso creo que harán con nosotros cuando hayamos hecho lo que desean. Por lo tanto, tenemos que arriesgarnos.

—Entonces, ¿enviará el código de identificación? —le preguntó Cassidy.

—Lo haré en última instancia. Pero antes debemos tratar de sorprenderlos.

Tras un instante de silencio, después de que notaran que la nave había partido de Kerma, Cassidy, mientras rebuscaba entre las porquerías amontonadas en los rincones, dijo:

—¿Qué pretende esta gente ahora, teniente?

Phil le observó que tomaba un trozo de cable y lo desenrollaba.

—Apoderarse de Shefuran —replicó.

—¡Están majaretas! Aunque las flotas de Carmagan lleguen y se apoderaran de Shefuran, no podrán resistir ni una hora —escupió Cassidy, escondiendo el trozo de cable dentro de su casaca.

Phil movió la cabeza y dijo:

—Creo que esos tipos saben lo que van a hacer. Si instalan defensas adecuadas con las que obliguen a las naves del Orden a tener que emplear todo su poder para reconquistar Shefuran, me temo que habrán vencido.

Cassidy alzó la mirada. Abrió la boca estúpidamente.

—No le comprendo, señor…

—Es muy sencillo. El Orden no puede desencadenar un ataque en el que mueran cientos de miles de nativos. Eso está en total oposición a nuestra conducta.

El hombre se sentó sobre un montón de cajas de plástico. Agitó las manos con desesperación.

—Pero todo se arreglaría si el comandante Brogden avisara a Carmagan Doble. Las flotas estarían aquí en pocas horas.

Phil anduvo unos pasos, revisó por décima vez la sólida puerta de acero y respondió:

—Tal vez vosotros no os habéis dado cuenta, pero yo observé

desde la primera vez que cruzamos los viejos campos de aterrizaje en Kerma que esos nostálgicos imperialistas han instalado proyectores de interferencias. Recogen las perturbaciones de la Nebulosa Altear y emiten un amplio foco sobre Shefuran.

—Demonios, siempre fueron dificultosas las comunicaciones desde Shefuran a Carmagan —exclamó Sheila.

—Exacto. Y si siempre fueron fuertes, desde hace semanas se intensificaron. Probablemente estaban experimentando. Creo que desde hace unos veinte días las han ido aumentando. Sospecho que actualmente es totalmente imposible enviar un mensaje de auxilio. —Aspiró profundamente y añadió—: Shefuran está aislada. Y lo estará hasta que, transcurrido un mes, en Carmagan se alarmen y envíen algunas Unex para averiguar lo que pasa. Y entonces se llevarán la desagradable sorpresa de ver que el planeta se ha perdido para siempre. Una amplia región estelar estará entonces fuera del control del Orden.

* * *

No tenían forma alguna de medir el tiempo. Cuando fueron a buscar a Phil, éste calculó que habrían pasado unas veinte horas desde que partieron de Kerma. Fue conducido a la cabina de mando. Allí le obligaron a sentarse delante de la consola de comunicación. Sobre su nuca sintió el frío contacto del cañón de un rifle láser.

El hombre que pilotaba la nave le dijo, señalando el comunicador:

—La jefe quiere hablarte.

No había contacto visual, pero escuchó la voz de Adargha. Debían haber salido del hiperespacio. Pese a todo, le costó un gran esfuerzo entenderla.

—Llegaremos al punto crítico dentro de veinte minutos. Recuerde, Stenzel, que mis hombres les matarán si no cumplen con lo acordado.

Phil arrugó el ceño.

—¿A qué distancia estamos de Shefuran? —preguntó, recordando que los satélites de vigilancia estaban a unos ochocientos mil kilómetros del planeta.

—A millón y medio de kilómetros. Creo que es una distancia

prudencial para enviarles el código de identificación de los satélites. —Escuchó una deformada risa—. Somos más de doscientas naves, si es que su curiosidad no puede soportar ignorarlo. La nave en que viaja está en cabeza. Si trata de engañarnos será la primera en ser alcanzada, teniente.

—No se preocupe. Quiero salir con vida de esta situación —masculló Phil. Y escuchó risas a su espalda.

Cuando se cerró la comunicación sintió las manos llenas de sudor. Doscientas naves cargadas de hombres armados, una fuerza de desembarco enorme para la reducida guarnición existente en Shefuran. Y allí apenas quedaban doce cruceros o poco más, si es que desde el desastre que sufrió su escuadrilla no se habían producido más bajas. Y creía que sí, si era cierto lo que decían los guardianes, que hablaban de nuevas victorias.

—Tengo que controlar los detectores de a bordo —pidió al piloto. Ante la extrañeza de éste, añadió—: De otra forma me será difícil orientar la emisión a los satélites de vigilancia.

Con un gruñido, el piloto le cedió el panel corredizo. Phil lo ajustó sobre el de comunicación y observó las esferas. Sólo él podía leerlas.

Su cara no demostró ninguna alteración cuando empezaron a reflejarse sobre los profundos vidrios negros las pequeñas luces. Sólo el hombre que le vigilaba podía ver lo mismo que él, pero Phil confiaba en que sus conocimientos no fuesen tan amplios que supiera que eran algo más que pequeños satélites los que se acercaban velozmente hacia la flota invasora.

Las viejas naves imperiales podían recorrer el hiperespacio con toda perfección, pero en el espacio normal eran demasiado lentas. A la actual velocidad tardarían más de dos días en llegar a Shefuran. Era una incongruencia más de los viajes estelares: se podían salvar treinta años luz en pocas horas y luego necesitar días para recorrer dos millones de kilómetros.

Tomó el micrófono y empezó a emitir el código de identificación. Era el correcto. Ante aquellos datos los sistemas de vigilancia permanecerían callados, pero los cruceros que se acercaban a ellos se valdrían de sus palabras para localizarlos más rápidamente. Y las mentes humanas no podían ser engañadas.

Phil reprimió sus nervios. Resultaba algo inesperado y muy

afortunado que nueve cruceros con base en Shefuran estuviesen alejándose en aquel momento del planeta. Tal vez unas horas más tarde habrían entrado en el hiperespacio y nunca se hubiesen dado cuenta de la presencia de la flota invasora. Pero ahora conocían su llegada. Y la voz de Phil la estaban escuchando ellos, además de los receptores automáticos de los satélites.

—¿Todo bien? —preguntó el piloto, ceñudo.

—Sí, claro —dijo Phil. Movió un dial y las esferas de detención se orientaron hacia una posición distante de la que se acercaban los cruceros.

Deglutió trabajosamente. Tenía la garganta seca. El único riesgo era que la aproximación de las naves del Orden fuera localizada por otras naves de la flota enemiga.

Hizo retornar el foco detector a la posición primitiva, pero sólo unos segundos, para asegurarse que los cruceros estaban tomando posición de combate. ¡Nueve contra más de doscientos! Sería una embestida suicida, aunque contasen con el factor sorpresa. Quien mandase aquella escuadrilla sólo podía pensar en dar el primer golpe, causar algún destrozo y luego huir por el hiperespacio, regresar a Shefuran y avisar.

¿Quién mandaría los cruceros? Phil pensó que si lo supiera podría imaginarse cómo iba a actuar. Con decisión abrió el comunicador y estableció la frecuencia que usaba el Orden.

—¡… a discreción sin cesar! Alguien nos ha puesto en aviso. Ojalá tenga suerte y se salve. Repito a todos: disparen contra las naves que siguen a ese viejo chisme imperial. A éste no le lancen una sola andanada. Repito…

Luego una voz lejana:

—Enterados, teniente Callahan. ¡Allá vamos!

—¡Disparen y que Dios nos ayude, pero esos cerdos no pasarán!

Era Ross Callahan, se repitió Phil. Y él no retrocedería. Una vez que Callahan ordenaba atacar no solía retroceder, así se lo había asegurado en una ocasión el capitán Salvochea, quizás un poco apenado ante tanta terquedad.

Y Callahan se había percatado de que a bordo de la nave que precedía a la flota viajaba alguien que había alertado a sus cruceros, al mismo tiempo que silenciaba a los satélites de vigilancia. Y ese alguien tenía que ser un miembro del Orden en poder de los

hombres de Kerma.

La orden fue de no atacar a la solitaria nave, pero se disparó demasiado aprisa y en densos focos que se dispersaban y aumentaban considerablemente su acción destructiva.

Todo ocurrió casi vertiginosamente. El piloto gritó algo incomprensible cuando la nave fue tocada ligeramente por un láser. El casco se calentó apenas, pero sí lo suficiente para que la temperatura interna se elevase. Las planchas quemaban y el hombre que vigilaba a Phil saltó alejándose de ellas.

Phil se levantó y soportando el dolor le golpeó, cogió el rifle mientras caía y disparó contra el piloto. No se detuvo para ver cómo lo había dejado. Salió de la cabina de mandos y corrió por el estrecho corredor. Al fondo había dos hombres más, que avanzaban a trompicones.

Les disparó con rabia y luego saltó por encima de sus cadáveres destrozados. Llegó hasta la cabina donde estaban encerrados sus hombres y la abrió de un disparo. Sheila salió algo chamuscada y Gómez reía mientras hablaba de Cassidy.

Pero alguien bajó de un tubo, y un láser fue disparado. Cassidy fue alcanzado en el hombro izquierdo y Gómez recibió en las manos, boquiabierto, el brazo de su compañero, limpiamente cortado.

Phil se revolvió y disparó contra el tubo de bajada. Oyó un grito. Primero cayeron las piernas y luego el cuerpo. El rifle rebotó sobre el suelo de metal. Sheila lo recogió para en seguida disparar contra el último tripulante que apareció por el fondo del pasillo. El hombre murió con la misma cara de asombro que puso al verlos.

—No hay más —gritó Phil.

Dirigió una mirada a Cassidy. El desgraciado no tenía ninguna probabilidad de vivir. Aquella vieja nave no podía llevar a bordo una unidad de conservación. Ante la mirada interrogadora de Sheila, asintió. La mujer disparó contra Cassidy y éste dejó de gemir, pero su enorme hemorragia continuaba vaciándole de sangre.

Corrieron hacia el puente de mando y Phil desocupó el sillón principal del cadáver del piloto. Notó el aliento de Gómez sobre su nuca al preguntarle:

—¿A Shefuran, teniente?

Antes de responder, Phil se hizo cargo de lo que sucedía detrás de ellos. Los nueve cruceros habían entrado como lanzas en un bloque de mantequilla. Las naves enemigas iban dispersándose, pero el final de la desigual batalla estaba previsto. Callahan podía abatir a veinte o treinta naves enemigas, pero éstas, pese a sus anticuadas armas, harían prevalecer su superioridad en número.

—Esa perra de Adargha ya se habrá dado cuenta de la jugarreta que le he hecho. Este navío es el más lento que tenían para navegar por el espacio normal. Nos alcanzarán a medio camino de Shefuran.

—¿Qué podemos hacer entonces? —masculló Sheila.

Phil bajó un par de palancas. Silbó y luego dijo con voz temblorosa:

—¿Crees que este cacharro soportará la entrada al hiperespacio, estando tan próximo a un sol?

—No… no lo sé —dijo Gómez.

—No hay otra solución —replicó Phil, pulsando el computador. Ahora las maniobras de la nave pasaban a automático.

—¿Qué insinúan ustedes? —Preguntó Sheila, aferrándose al respaldar del sillón de Phil—. ¿Es que vamos a llega a Shefuran por el hiperespacio? ¡Eso es imposible! Nos enterraremos en el océano y…

Gómez resopló y la miró con resignación.

—No, encanto. Pasaremos de largo. Nos largaremos del sistema. Apareceremos dentro de unas horas a muchos años luz de distancia. Eso, si este trasto no salta antes en un millón de pedazos, claro.

Phil asintió y emitió una sonrisa.

* * *

Alice y el resto salieron del vehículo corriendo en dirección a los edificios de la lonja. Habían colgado sus láseres y empuñaban los dispersadores sónicos, que dirigieron contra la mayor concentración de nativos.

Una masa de cuerpos brillantes y tentáculos se agitó delante de ellos, retrocediendo ante las cortinas de ultrasonidos. Se escucharon cientos de aullidos de dolor.

Alcanzaron el deslizador que casi había llegado al edificio. Un sargento con manchas de sangre sucia les saludó alborozado. Se dirigió al capitán Salvochea, diciendo:

—Ahí dentro hay más de un centenar de humanos, señor. Se han defendido como pudieron de estas hordas. ¡Están enloquecidos! He visto como a los desgraciados que agarraban los despedazaban, mordían y rajaban con cuchillos para destripar peces.

—¿Por qué no los ha sacado ya, sargento? ¿Dónde está su oficial?

El sargento movió la cabeza, apesadumbrado.

—Quiso parlamentar con los nativos, lo agarraron y ya no lo vi más, señor. —Señaló el vehículo volcado—. Los que estaban allí pretendieron rescatarlo, y se metieron en medio de una marea de tentáculos. Apenas salieron seis o siete, que ahora tengo bajo mi mando. También el otro oficial debió perecer.

Salvochea se hubiera pasado la mano por la cara de no haber tenido la celada baja. Sintió calor, un enorme calor.

—¿Por qué no comunicó antes lo que estaba pasando?

—Se intentó, señor. Pero no recibimos respuesta —alzó la mirada—. Algo flota sobre esta maldita atmósfera que impide las comunicaciones. Apenas podemos usar nuestros transmisores portátiles.

—Tenemos que sacarlos de ahí y llevarlos a la base —dijo Salvochea, señalando la lonja.

—¿Cómo, señor? No tenemos sitio en los vehículos…

—Lo sé. Irán andando. Un deslizador abrirá la marcha y el otro la cerrará.

—Tardaremos horas en cruzar la ciudad —escupió el sargento—. ¿Sabe, capitán, que yo estaba a punto de largarme cuando apareció usted?

El capitán le miró con asco por un instante. Pero luego recapacitó y tuvo que admitir que la idea del sargento no era para nada disparatada. ¿Qué podía hacer él con un par de docenas de soldados asustados y un solo vehículo para salvar a más de un centenar de hombres y mujeres?

Dio órdenes para que se cubriera la entrada de la lonja y seguido por Alice ingresó a ella. Dentro, una multitud se arremolinó a su alrededor. Salvochea y Alice vieron docenas de asustados rostros, escucharon el llanto de algunos niños y los gemidos de varias mujeres.

Gritó que quería hablar con el responsable del grupo. Un viejo

comerciante en harinas se adelantó. Llevaba una escopeta de dardos.

—Me llamo Argarmun. No soy el jefe, pero ellos me obedecen. Dios, oficial, dígame lo que está pasando. Nací aquí y siempre convivimos pacíficamente con los nativos. Ahora nos odian y han matado a muchos de nosotros. ¿Por qué?

—Ojalá lo supiera yo, Argarmun. Ahora pensemos en salir de aquí. Tenemos dos deslizadores aún disponibles, pero no hay sitio para todos ustedes. Tal vez los niños puedan entrar, pero los hombres y mujeres deberán caminar a lo largo de la ciudad entre los dos vehículos y…

Alguien gritó que nunca llegarían hasta la base, que serían despedazados por el largo camino.

—¿Es que tienen una idea mejor? —gritó el capitán. Al ver que nadie hablaba, añadió—: Veo muchas mesas de madera sólida. Úsenlas y formen unos escudos laterales. Al parecer los shefuranitas sólo tienen piedras y algunas armas arrojadizas. Nosotros dispararemos contra ellos desde los vehículos, manteniéndoles lo más alejados posible.

—¿Con sus dispersadores sónicos? —preguntó con burla un hombre.

—Si es preciso los barreremos con láseres y bombas de aire, pero estas últimas serán peligrosas si ustedes están cerca.

Las bombas de aire, así llamadas, actuaban precisamente anulando el aire en varios metros cúbicos. Las corrientes de aire eran su mayor inconveniente. Aunque desaparecían pronto sus efectos, podían ser peligrosas contra los que las lanzaban.

Argarmun levantó los brazos y dijo:

—Vamos, no perdamos más tiempo. Hagan lo que dice el capitán. Tomen las mesas más livianas y que los hombres formen dos barreras. Los que tengan armas y municiones que colaboren con los soldados y disparen contra los nativos que se atrevan a acercarse.

Alice y Salvochea salieron y dijeron a sus hombres lo que debían hacer para intentar salvar a aquel grupo. Tenían que seguir usando sus dispersadores para que la agitada multitud de shefuranitas se mantuviese alejada de la lonja.

Siempre haciendo funcionar los dispersadores, los soldados

lograron reunir en compacto grupo al centenar de humanos. Los niños eran unos veinte, y afortunadamente cupieron dentro de los vehículos.

La comitiva se puso en marcha lentamente. Los deslizadores flotaban a pocos centímetros y podían acoplarse difícilmente a la lenta marcha de los caminantes.

Cruzar las explanadas de los mercados no fue difícil. Lo peor llegó cuando penetraron en las calles. Eran estrechas y las piedras comenzaron a chocar contra las maderas. Algunas alcanzaron a varias personas. Los soldados disparaban contra cualquier figura tentacular que se movía sobre las azoteas o asomaba por las ventanas.

Mediante proyectores se lanzaron algunas bombas de aire desde el vehículo que marchaba en retaguardia, ya que una ululante masa les seguía constantemente. El deslizador que estaba delante no podía hacer lo mismo y sus soldados se limitaban a disparar los láseres y accionar los ultrasonidos.

Apenas habían alcanzado los barrios exteriores cuando tuvieron la desagradable sorpresa de ver que los nativos les arrojaban teas encendidas. Pero allí las calles eran más amplias y lo hacían desde mayor distancia. De haber usado aquello en las vías estrechas los fugitivos de a pie lo hubiesen pasado muy mal.

Cuando llegaron al exterior aún les seguían, pero eran grupos poco numerosos y su ardor combativo parecía disminuir al alejarse de la ciudad.

Pero quedaba la agotadora marcha ascendente. Las laderas cercanas a la rudimentaria carretera eran ocupadas por miles de shefuranitas que subían. No les prestaban mucha atención o estaban muy lejos para organizar un ataque masivo contra la cansada columna.

—Se dirigen hacia la base —dijo Alice.

Salvochea asintió. Cuando lanzó un gemido, Alice descubrió que estaba herido en el hombro derecho. Una gran mancha de sangre le crecía por momentos.

Ella le desabrochó la casaca y sacó el botiquín de debajo del asiento.

—¿Cuándo fue? —preguntó, mientras le colocaba un tapón.

—Creo que al salir de la lonja. Fue un dardo, tan fino que no lo

sentí cuando penetró.

—Podría estar envenenado. Afortunadamente no vimos muchas cerbatanas. Tendrá que verle el médico apenas lleguemos.

—Ocúpese de llevar ahora esta gente arriba y…

Salvochea se desplomó sin dar tiempo a Alice a sujetarle. Llamó a dos soldados para que la ayudasen a atenderle en el pasillo del deslizador. Los niños que transportaban observaban en silencio.

La base estaba cerca. Alice miró hacia atrás: la ciudad era un hervidero de nativos. Subían por las laderas y el río estaba totalmente cubierto de barcos, de los cuales desembarcaban más contingentes.

CAPÍTULO VIII

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Brogden desde el dintel de la puerta.

Alice se volvió, dejando de mirar la cura que el médico estaba practicando sobre la herida de Salvochea.

—Mejor, pero el dardo estaba envenenado.

Brogden pasó por su lado y se inclinó sobre el herido.

—¿Conoce el tipo de veneno, doctor?

El hombre asintió. Se incorporó y se enjugó las manos con unas toallas.

—Lo usan los nativos que pescan esos grandes cachalotes al norte de esta isla, señor. Animales de veinte toneladas. Y sólo necesitan medio litro de veneno para inmovilizarlos en diez minutos. —Mostró una finísima aguja de acero—. Aquí sólo había una centésima de gramo, pero ha estado a punto de llevarse al capitán al otro barrio. El antídoto de que disponía no es el más adecuado, pero creo que servirá de todas formas.

—¿Podrá incorporarse a la defensa pronto?

—Ni lo piense. Delirará durante algún tiempo. Tal vez mañana…

—Mañana podrá ser tarde. Estamos rodeados por cientos de miles de inmundos seres tentaculares. De un momento a otro se lanzarán al asalto.

El médico puso los brazos en jarra y compuso una mueca de indiferencia.

—Pues yo estoy dispuesto a recomponer los cuerpos, señor.

—Necesito al capitán para que se ocupe de los muros del sur.

El doctor se encogió de hombros y tomó de una caja una jeringa.

—Como usted diga. Le suministraré un estimulante; pero le advierto que pudiera contrarrestar los efectos del antídoto.

Alice se puso de un salto delante del capitán.

—Le matará, comandante. Déjele descansar unas horas, que su

sangre se purifique.

Escuchó un gemido a su espalda y se volvió. Salvochea se había sentado sobre la cama. Dijo con voz estrangulada:

—Que me pongan ese potingue, Cooper. No podría quedarme aquí oyendo lo que pasa allá fuera —y ofreció su brazo desnudo al doctor.

Alice soltó un juramento y salió del cuarto. Se detuvo cuando el comandante le gritó su nombre. Se detuvo, pero no se volvió.

—Lo que está pasando es demasiado grave, sargento —declaró Brogden—. No tenemos suficientes hombres para cubrir todo el amplio recinto, ni siquiera con la incorporación de los humanos rescatados. Pero esos monstruos tendrán que escalar los muros formando una pila con sus cadáveres.

—El Código, señor…

—¿Qué Código, sargento?

Ella se revolvió furiosa.

—El que hemos jurado obedecer, señor. Es bien claro ante una situación como ésta. Somos rechazados por los aborígenes, por los auténticos dueños de este mundo. Por lo tanto sólo queda una salida: retirarnos.

—¿Cómo? ¿Con qué? —gritó con rabia, señalando los vacíos campos de aterrizaje.

—Haga regresar los cruceros. ¡Hay espacio en ellos para todos!

Brogden la miró torvamente.

—Usted aún huele a academia, a libros de texto y normas nobles. Pero tiene valor para enfrentarse así conmigo, contra mi autoridad. Ante una emergencia semejante podría ejecutarla. Emana usted algo esencial, sargento. Sargento —repitió—. Sólo sargento. ¿Qué hizo para no obtener el grado de oficial, sargento Cooper?

Alice no replicó. Seguía respirando entrecortadamente. La boca de Brogden se abrió y así permaneció unos segundos. Luego resopló.

—¡Cooper! ¡Por los soles estallando! ¿Cómo no me di cuenta antes? Usted es hija del coronel Cooper, ese fiero soldado loco que me persiguió, buscando pruebas por todas partes…

La mano de Alice bajó rápidamente en busca del enfundado láser. Pero Brogden ya tenía su arma en la mano y contuvo el gesto de la chica.

—No haga más tonterías, sargento. No me crea tan estúpido. Llevo aquí demasiado tiempo y conozco mejor que nadie lo que sucede, aunque muchos estúpidos crean que soy un inepto o… un traidor.

Alice no pudo evitar mirarle asombrada.

—Sí, sé que incluso el capitán Salvochea piensa que yo tuve la culpa del desastre de la Unidad Exploradora del coronel Cooper. ¿Por qué, si no, solicitaría volver a esta cloaca? También sé que su padre no murió, sargento, sino que incluso con sólo su mente removió viejos amigos y está tratando de acabar conmigo. Ese viejo fatuo la envió a usted porque tenía la esperanza de que pudiera descubrirme. ¿Descubrir, qué?

—Mi padre fue sorprendido, igual que la escuadrilla de Salvochea. Nos esperaban allí, conocían nuestra ruta preestablecida y…

—¡No diga más tonterías! Cierto que sólo yo, además de los jefes de escuadrilla sabíamos la ruta. Pero ¿cómo podía saber yo la trayectoria de la Unex del coronel Cooper? Eso sólo lo sabía él y los que les atacaron, por supuesto.

—Todo le acusa, señor.

Brogden guardó la pistola. Adelantó la barbilla, esperando que Alice continuara.

—Envió la escuadrilla en el momento en que los nativos iban a sublevarse.

—Tenía que vigilar la Nebulosa. Y tenía una razón para hacerlo. ¿Sabe lo que ha sucedido?

Alice abatió los hombros. Empezaba a estar confundida.

—Los nueve cruceros del oficial Callahan interceptaron hace apenas unas horas una flota procedente de Kerma y Orlea. Se dirigían hacia aquí. Alguien les abrió paso entre los satélites de vigilancia, alguien con la voz de Phil Stenzel. ¿Es que no me cree?

»Fue cuando ustedes volvían de la ciudad. Recibí un comunicado de Callahan. Dejó escapar a Stenzel, pero él se lanzó con sus naves contra la formación. Callahan podía hablarme, pero yo no podía responderle. Las comunicaciones, debido a las grandes interferencias, sólo son válidas en una dirección. La escuadrilla habrá retrasado la invasión de los viejos imperialistas, pero no por mucho tiempo. Espero que el sacrificio de Callahan y sus hombres

haya servido para algo.

—¿Y el teniente Stenzel?

—Lo último que me informó Callahan fue que se perdió por el hiperespacio. No sé hacia dónde, ni si llegará a alguna parte. Era una vieja nave imperial, no muy segura.

—¿Por qué no se avisó a Carmagan Doble a tiempo?

—Las interferencias lo vuelven imposible desde hace rato. Tenemos que esperar a que en la Rueda se alarmen ante nuestro silencio y acudan. Pero entonces sólo hallarán cadáveres, y un mundo perdido para el Orden. Tendrán que retirarse para siempre. Y esto se convertirá en un foco donde puede germinar de nuevo todo el cúmulo de males que produjo el Gran Imperio. El prestigio del Orden en la galaxia se tambaleará.

—Pero nuestra actitud de franca oposición contra los nativos también puede ser contraproducente.

—Defenderemos nuestras vidas. Eso está dentro del Código.

Alice movió la cabeza.

—Trata usted de buscar una excusa, señor. Tal vez no está capacitado para el mando y en su desesperación busca un holocausto para el fin de su carrera.

—Sus palabras son más dañinas que el veneno de los shefuranitas —sonrió con amargura el comandante—. ¿Qué sugiere?

—Parlamentar con los nativos. Si al cabo de tanto tiempo han decidido que nos marchemos, debemos prometerles que sólo deben esperar a que lleguen las naves de Carmagan a recogernos.

—Lógica deducción para salvar una emergencia, sargento. Pero… venga conmigo. Y traiga todas sus armas.

Brogden cogió su casco, que pendía del cinto, y revisó su rifle. Con pasos rápidos se encaminó al muro, subió la escalerilla y miró por encima del parapeto. Esperó a que Alice se reuniese con él.

—Elija cinco hombres, sargento.

Alice echó un vistazo abajo. La marea más densa de nativos estaba aún lejos de los muros, pero cerca de éstos, apenas a unos trescientos metros, se veían muchos grupos de shefuranitas medio ocultos entre lo agreste del paisaje, confundidos entre los retorcidos árboles del planeta y sus densos matorrales.

No se hizo repetir la orden y señaló a cinco soldados que se

encontraban cerca. Dos civiles armados ocuparon sus puestos, mirando temerosos hacia el exterior. Alice los comprendió. Habían vivido los horrores de la ciudad y el olor de los nativos era suficiente para hacerles temblar. Pero tenían a sus familiares dentro y ese pensamiento les obligaba a mantener fuertes las armas que les habían entregado.

Se deslizaron por el exterior del muro y avanzaron agachados. Brogden iba a la cabeza, indicando el camino.

Les hizo señas para que se detuvieran apenas se alejaron unos cincuenta metros del muro. Oyeron suaves pasos y el rumor característico de los nativos. Eran cinco y se movían hacia el recinto con escasa precaución.

El comandante se echó a la espalda el rifle y sacó la larga daga, indicando a los demás que hicieran lo mismo. Luego levantó un dedo e hizo los gestos adecuados para que entendieran que era preciso tomar a un enemigo vivo. Los demás podían ser pasados por las armas.

Brogden fue el primero en saltar. Alice le siguió. El nativo elegido por el comandante se revolvió y éste tuvo que asestarle el golpe debajo de los ojos, con mortal fuerza.

Entonces Alice comprendió que su nativo debía ser el elegido. Detrás de ella se movieron los soldados. Y delante, los otros tres shefuranitas empezaron a disponer sus cerbatanas.

Aún seguían disparando los soldados desde el muro contra los nativos que les seguían cuando unas manos ayudaron a Alice a remontar el parapeto. Contó los hombres. Estaban todos. El comandante Brogden dispuso que el cautivo fuese llevado inmediatamente al pequeño hospital. Recalcó que el doctor nada hiciese hasta que él llegase.

—Puede ser que hayamos precipitado el momento del ataque definitivo, sargento —masculló Brogden tomando su rifle.

Pero los nativos se replegaron pronto, dejando varios cadáveres a pocos metros del muro.

—Ahora llevan muchas cerbatanas, señor. Será más difícil la defensa contra esos dardos mortales.

—¿Es que había esperado que siguieran arrojándonos piedras? —Exclamó Brogden—. No, sargento, no sea tan ingenua. Esto estaba planeado desde hacía mucho tiempo. Los disturbios de hace unos

días y el ocurrido hoy mismo sólo eran los anticipos protagonizados por elementos no preparados. Si mira con los anteojos hacia el río verá que los que llegan están bien pertrechados.

Bajaron del muro y se dirigieron con rápidos pasos hacia el hospital. Pasaron delante del cuarto donde se alojaban los niños y mujeres rescatados y entraron en el santuario del médico.

El hombre les salió al paso, señalando iracundo el cuerpo del nativo tendido sobre la mesa de operaciones y sujetado con bandas de plástico.

—¿Cree que soy un veterinario, jefe?

—Cállese, Doc. Quiero que abra la barriga de ese pulpo y descubra qué les ha convertido en enloquecidos asesinos.

—¡Comandante, está vivo aún! —Exclamó Alice—. No lo capturé para que ahora lo destripen. ¿Qué pretende?

El doctor alzó las manos para calmarla.

—El jefe tiene razón, linda. No soy veterinario, pero sí he tenido tiempo de estudiar a estos bichos. Sus ancestros vivieron en el mar, ¿recuerda? Si el jefe piensa que algo les ha enloquecido debo hacer una trepanación en vida. Pero no se inquiete, que lo anestesiaré para que no sufra mientras vive.

—¿Mientras vive?

El doctor la empujó para que saliera.

—Estos seres no resisten que les hurguen en el cerebro. ¿Cree que me gusta? ¡Déjeme en paz! Váyase usted también, jefe. Le avisaré dentro de una hora.

Brogden dijo a Alice, antes de marcharse hacia el muro norte:

—Mire, Salvochea ya está allí. Reúnase con él y que ningún shefuranita se aproxime a más de veinte metros de los muros.

Alice le observó mientras se alejaba, no cesando de dar órdenes mientras corría por la extensión. Los soldados se movían de un lado para otro, llevando armas y cargas a los muros. En el recinto no se disponía de nada de mayor potencia que los rifles de amplio radio. Durante mucho tiempo había sido una base tranquila, cuya mayor importancia había radicado en mantener unas escuadrillas para vigilar a los díscolos habitantes de los dos planetas de la Nebulosa Altear.

Lentamente, caminó por la explanada. Vio a Salvochea, quien muy pálido estaba dirigiendo la instalación de un gran proyector

láser sobre un camión. Se acercó a él, y el capitán la saludó con una sonrisa.

—Estoy mejor, sargento. Creo que pasó el peligro.

—¿Qué es esto? —Preguntó señalando el proyector—. Es una buena sorpresa.

—Se desmontó de un crucero hace dos meses. Me acordé de él y pienso disponerlo cerca de la entrada. La felicito por la captura del nativo. ¿Nos dará algún dato su descuartizamiento?

—Eso espero, capitán. El jefe quiere que suba usted al muro sur. Yo puedo ocuparme de llevar el proyector al pórtico.

Asintió el capitán y cuando se hubo alejado lo suficiente, Alice ordenó a los soldados que se detuviesen. Luego, sintiendo sobre ella sus perplejas miradas, saltó sobre el camión y se instaló detrás del aguzado cañón. Lo destrabó y giró. Miró por el objetivo y elevó el alza considerablemente.

Alice localizó el monte donde estaba enclavado el palacio del Consejero Imperial. Se aseguró de la corrección de las coordenadas y apretó el disparador. Lo hizo durante diez segundos. Un deslumbrador rayo de luz partió de la boca del cañón. Volvió a colocar su ojo derecho en el anteojo.

Vio que el palacio saltaba por los aires, surgían de su interior bolas de fuego y por las escarpadas laderas rodaron piedras y escombros. Una densa humareda se levantó hacia el cielo.

Alice saltó del camión y dijo a los soldados:

—Llévenlo al pórtico, y que la sargento Livornes se haga cargo de él.

* * *

El capitán la esperaba al pie del muro. Alice se asustó ante lo demacrado de su rostro, pero permanecía sereno cuando preguntó:

—¿Era preciso, Cooper?

—No estoy segura. Lo hubiera sido si el duque aún estuviese dentro. Pero dudo que hayamos tenido esa suerte. Ese perro estará ahora a salvo.

—Oh, Dios —exclamó Salvochea, moviendo la cabeza—. Todo el mundo parece haberse vuelto loco. Esa reliquia del Gran Imperio se respetó desde que llegó el Orden, incluso la dinastía de los Lores de Tensage.

Los ojos de Alice brillaron.

—El Orden creía dominar este planeta con la base Koreli, ¡y en realidad era ese fantoche de duque quién dominaba la base desde su posición privilegiada!

Salvochea le puso las dos manos abiertas delante, tratando de calmarla. No pudo decir nada. Desde el muro los soldados gritaban y comenzaron a disparar.

El ataque comenzaba.

CAPÍTULO IX

Para los defensores del recinto aquel salvaje ataque pareció durar una eternidad, pero cuando las masas de nativos se retiraron, Alice pudo comprobar que el fallido asalto sólo había durado unos veinte minutos.

No obstante, en ese tiempo pudo darse cuenta que un segundo ataque sería definitivo. Pese a sus armas modernas, los defensores no podían cubrir toda la extensión de los muros. Los nativos atacaban en masa y ya no se valían de guijarros, sino que disparaban mortales y veloces dardos con cerbatanas.

Tres soldados y un paisano habían sido alcanzados. Ahora estaban en manos del médico, que apenas terminado con el shefuranita se ocupaba de ellos, tratando de contrarrestar el mortal efecto del veneno.

Alice observó al capitán Salvochea que se apoyaba contra el parapeto, jadeante. Sintió lástima por él. Debía tener fiebre y se iba a sentir muy mal cuando el poder del sedante desapareciese. Pero no tuvo fuerzas para decirle que debía retirarse. Se acercó y arrodilló a su lado.

—Brogden es inocente —dijo—. Por eso destruí el palacio del consejero. ¡Ojalá él hubiera estado ahí! *Lord* Tensage proyectó un plan para apoderarse de este planeta, capitán. ¿Alguien se ha preocupado en averiguar cuáles son las riquezas de Shefuran además de las enormes reservas alimenticias de sus grandes mares? No, seguro que no.

»Pero Tensage lo sabe. Me dijo que en este mundo hay minerales en mayor cantidad de los que hace siglos tuvieron Kerma y Orlea antes de ser agotados por el ansia del Imperio. Y los residuos imperiales que viven allí necesitan reservas de minerales y energía. ¿Lo va entendiendo?

Con desvaída mirada, Salvochea dirigió sus ojos hacia ella.

—¿Sugiere que *Lord* Tensage está en complicidad con los planetas de la nebulosa?

Brogden subió al muro, Alice y Salvochea se levantaron.

—El doc terminó con su paciente —dijo el comandante—. Confirmó mi sospecha. El nativo estaba atiborrado de drogas. Al principio no supo identificarlas, pero consultó antiquísimos datos procedentes de la farmacología imperial.

Apoyó sus manos sobre el áspero muro. Mirando hacia la agitada ciudad, añadió:

—Al parecer el Imperio disponía de unas tropas de asalto, nutridas por la escoria de la galaxia. La usaba para sofocar rebeliones. Eran seres fanatizados artificialmente, fieles al emperador hasta la muerte gracias a ciertas drogas. Se alojaban en el cerebro, y un abuso de ellas acarreaba la muerte de los receptores.

—¿Todos los nativos terminarán muriendo? —preguntó Alice.

—No lo creo. Recibieron dosis mínimas y dudo que dispongan de reservas para suministrarles más.

—¿Cómo pudieron drogar a tantos miles de seres?

—Con la comida. De alguna forma el promotor de este plan se valió de un sistema…

—*Lord* Tensage disponía de fieles colaboradores entre los nativos —dijo Alice, excitada—. Yo le escuché hablar la lengua nativa a la perfección. Estaba en el palacio cuando fue avisado y se puso nervioso. Entonces empezó a hablar demasiado. Debieron decirle que el ataque contra los humanos estaba a punto de comenzar.

—Sé que destruyó el palacio, sargento —sonrió parcamente el comandante—. Lo vi desde el hospital y supuse que podría explicarse, que tendría una razón.

Alice le explicó lo que poco antes había dicho a Salvochea.

—Sí, debe ser algo parecido —asintió Brogden—. No resistiremos un nuevo ataque —dijo, mirando las oscilantes masas de nativos delante de los muros—. Aún no me explico cómo no insistieron. Podrían habernos arrollado de haber seguido atacando unos minutos más.

—Fue una advertencia, señor —dijo Alice—. Es probable que quieran parlamentar con nosotros.

—No cesa usted de sorprenderme, sargento —sonrió el

comandante—. Aunque pudiésemos mantener a raya a esas hordas, dentro de pocas horas estarán sobre nuestras cabezas las naves que el oficial Callahan sólo pudo retener por un tiempo apenas a dos millones de kilómetros de Shefuran.

Escucharon el grito de un soldado y miraron en aquella dirección. El hombre volvió a gritar, señalando hacia la ladera cubierta de cadáveres de nativos.

Vieron ascender un humano con bandera blanca en una mano. En la otra llevaba un objeto del que salía un cable que se perdía detrás de él.

Alice corrió a lo largo del muro ordenando que no disparasen. El humano aligeró su paso cansado a medida que se aproximaba al muro. Tenía rastros de sangre en sus destrozadas ropas y también sobre su macilento rostro.

Le echaron una escalera y le ayudaron a subir. El hombre soltó el palo con el trapo blanco, pero seguía aferrándose al objeto del que salía el cable. Brogden acudió a su encuentro.

Entonces el emisario le tendió el objeto. Era un micrófono, y unos auriculares. Con voz rota, explicó:

—Me tenían prisionero y ese viejo loco del palacio me ordenó que le trajese esto a usted, señor, al comandante de la base.

—¿Hay más prisioneros?

El hombre abatió la cabeza.

—Apenas una docena, pero yo era el único que podía caminar.

—Llévenlo al hospital —ordenó Alice a dos soldados. Luego miró el cable que se perdía por la ladera. Dijo a Brogden—: Es un viejo sistema de comunicación por cable. Se lo envía *Lord* Tensage para hablarle, señor. Los vídeos siguen sin funcionar dentro del planeta.

Brogden se reunió con el vacilante capitán y Alice, aun sabiendo que podía ser rechazada, se acercó para escuchar. Pero el comandante la miró y no sólo toleró su presencia, sino que por la expresión que le dirigió parecía complacido.

Se llevó los auriculares a las orejas y sostuvo el micrófono. Alice le ayudó moviendo una clavija y se escuchó un silbido y después de unos ruidos secos, una voz que ella en seguida identificó como la perteneciente a *Lord* Tensage.

—¿Comandante Brogden? —La voz no esperó confirmación para

añadir—: En nombre del Gran Imperio le conmino para que rinda la base. En caso negativo, ordenaré a mis ejércitos coloniales que arrasen el recinto en el próximo ataque.

Alice, impulsada súbitamente por una idea, tapó el micrófono y dijo con ansiedad al comandante:

—Por favor, señor, déjeme a mí que le hable.

—¿Por qué?

—Pienso que he descifrado su complicada personalidad. Debe confiar en mí. Le diré que he tomado el mando del recinto.

El comandante meneó la cabeza, pero le pasó a Alice el rudimentario aparato de comunicación. Ella lo tomó con decisión y dijo:

—*Lord* Tensage. Soy la sargento Cooper, comandante de la base, nombrada para tal efecto por incapacidad de Brogden. Estoy capacitada para dialogar con usted y con suficiente autoridad.

Escuchó un gemido de Salvochea y gruñir a Brogden. La respuesta de Tensage tardó unos segundos.

—Preciosa mía, creo que tú serás más sensata que ese testarudo militar. Habrás comprendido que todo está perdido para vosotros y lo más sensato es rendiros.

—Tendría que convencerme, *Lord* Tensage.

—¿Es que ya olvidaste nuestra amistad? —Rió Tensage—. Tú serás mi dama, cariño. Quiero que rindas la base y te prometo que todas las vidas serán respetadas.

—¿Como lo fueron las de esos desgraciados que despedazaron los nativos que drogaste?

—Has averiguado mucho en poco tiempo. —El tono de la voz de Tensage ya no era tan jovial—. Pero te deseo demasiado, y por ello incluso perdonaré que hayas destrozado mi amado palacio. ¿Lo hiciste tú?

—Fue la última orden que ejecutó Brogden antes de ser llevado al hospital gravemente herido. *Lord* Tensage, si es sensato nos permitirá conservar la base hasta que las naves del Orden lleguen a por nosotros. Hemos decidido evacuar el planeta para siempre. No queremos más derramamiento de sangre, aunque sea de humanoides. Ellos no son culpables de esta locura.

—¡No! Quiero la rendición inmediata. Sólo tenéis dos horas para darme una respuesta. Si es negativa lanzaré mis huestes y no

quedará un humano vivo en la base. Incluso tú morirías, muy a mi pesar.

—No podrá apoderarse de este enclave sólo con shefuranitas.

—¡Claro que sí! Y si no fuera suficiente, dentro de poco llegarán las naves de la Nebulosa Altear. Te hablo desde el astropuerto de la costa, preciosa; a mi lado tengo a la dama Adargha. Si no sabes quién es, te diré que bajo su mando están todas las fuerzas combinadas de Orlea y Kerma, un poderoso ejército que aún permanece fiel al sagrado concepto Imperial.

—Efectivamente, no estás loco como todo el mundo pensaba y gracias a lo cual has estado intrigando contra el Orden Estelar, Tensage —escupió Alice—. Eres un esquizofrénico peligroso, un demente rencoroso.

—¡Cállate, zorra! —Estalló Tensage—. Arrasé la mísera guarnición del astropuerto, y desde aquí lanzaré el definitivo ataque contra Koreli. Iré hasta el río y presenciaré cómo todo ese sucio recinto salta por los aires. Recuerda: dos horas.

El chasquido anunció que Tensage había cortado la comunicación. Despacio, Alice se volvió para mirar a Brogden. Sonrió tímidamente.

—Lo siento, no he sido muy lúcida al tratar con ese loco.

Doblado por el dolor, Salvochea hizo una mueca que fue el comienzo de una sonrisa frustrada.

—No, sargento. Creo que usted ha sacado sus conclusiones. No sea remisa y díganos lo que ha deducido.

Alice suspiró.

—No estoy segura, pero creo que Tensage no cuenta con demasiados triunfos, aunque el tiempo está en contra nuestra. Los nativos recobrarán la lucidez en poco tiempo y huirán espantados de lo que han hecho. Ellos son pacíficos por naturaleza y durante mucho tiempo no se atreverán a mirar a la cara a un humano, avergonzados. Quiero decir que Tensage no dispone de reservas de drogas. Sólo debía disponer de unas dosis limitadas conservadas desde hace siglos. Está impaciente y teme perder la iniciativa.

—Pero cuenta con esa flota procedente de la Nebulosa —apuntó Salvochea.

Brogden intervino:

—Callahan la interceptó, pero no por mucho tiempo. Eran

demasiadas naves y aunque hayan perdido algunas unidades restarán bastantes. Estarán aquí en poco tiempo. Esa perra de Adargha debía disponer de una muy veloz para moverse por el espacio normal y se ha anticipado en varias horas…

—Un momento —le interrumpió Alice—. No me puedo equivocar si afirmo que Tensage tiene miedo. Sí, eso es. Un miedo atroz. ¿Por qué? Por ejemplo, sólo tendría que esperar que de Carmagan dentro de unos días enviasen una flota, que se limitaría a embarcarnos y dejarles solos según nuestro Código. ¿Para qué atacarnos y comenzar otra matanza? Sólo lograría que miles de nativos muriesen a los pies del recinto.

»Claro que una retirada sangrienta del Orden en Shefuran sería propalada por la galaxia y nuestra causa sufriría un duro revés. Pero esto no justifica tantas muertes.

Los dos oficiales miraban en silencio a Alice. La chica volvió la cabeza hacia Brogden.

—Aunque Tensage nos ofrezca toda clase de seguridades no podemos capitular, comandante. Tenemos que resistir, aprovechar esas dos horas y las que consigamos de más luchando.

—¿Será juicioso? —Brogden la observó ceñudamente—. Tengamos presente que Tensage quiere formar aquí una comunidad que el resto de la galaxia debe aceptar. No le conviene tampoco tomarnos como prisioneros y luego asesinarnos. El duque puede controlar a los nativos y los hombres de la Nebulosa protegernos hasta que vengan a buscarnos. Recuerde, sargento, que soy responsable de la vida de los paisanos y también de las tropas que aún quedan. Si tenemos que marcharnos de Shefuran debemos hacerlo dignamente. Y rendirnos ante una situación irremediable no es nada reprobable.

—Tensage no podrá convertirse en el dueño de un mundo sin la aprobación de los verdaderos nativos, y éstos están bajo sus órdenes en contra de su voluntad.

Repiqueteó el rudimentario comunicador. Después de que Alice moviese la clavija, tronó la voz histérica de Tensage:

—¡Perra, quiero tu respuesta ahora mismo, nada más de tiempo! ¡Rendición o muerte para todos vosotros!

Alice miró un instante a los dos hombres. El silencio fue la respuesta y ella emitió la suya chillando por el micrófono:

—¡Vete al infierno, viejo lascivo y chiflado!
Luego estrelló el comunicador contra el suelo.

CAPÍTULO X

Alice dejó de mirar los trozos del comunicador y observó de nuevo la situación de las laderas. Luego, con la ayuda de unos anteojos, escudriñó los barrios próximos de la ciudad.

Pese a que observó una agitación confusa en las calles y plazas de la urbe, los nativos que rodeaban el recinto comenzaron a moverse hacia los muros minutos más tarde, cuando shefuranitas adictos a Tensage, tal vez libres de alucinógenos, instaron a sus compatriotas a un masivo ataque contra la base.

Sobre los muros corrieron las voces de alarma y los soldados y paisanos se aprestaron a la defensa.

En ese instante, desde la torre de control se envió un aviso a Brogden. En el astropuerto de la costa estaban descendiendo naves extrañas. Hasta el momento habían llegado dieciséis, y una de ellas se había estrellado sobre el océano al efectuar una torpe maniobra.

El segundo ataque apenas fue una sombra del primero, que a punto estuvo de arrollar a los defensores. Los shefuranitas no atacaron en masa y sí con muchas vacilaciones.

Cuando en algunas puntas empezaron a retroceder pese a los esfuerzos de los adictos a Tensage, Alice comenzó a pensar que había una esperanza.

Brogden corrió la voz por los muros de que sólo se disparase contra aquellos nativos que se aproximasen demasiado. No quería que muriesen inútilmente los humanoides, inconscientes de lo que estaban haciendo.

Minutos más tarde, no había un solo grupo que se acercase a la base Koreli. Los capataces desistieron y huyeron también.

Una hora después, incluso la ciudad presentaba un insólito aspecto. Estaba totalmente desierta y los cientos de barcos atracados a los muelles fluviales navegaban río abajo, hacia el espacio abierto de los mares.

El éxodo de shefuranitas aún duraba cuando más tarde unos vehículos aéreos aparecieron procedentes del astropuerto y descendieron sobre los vacíos muelles. Unos hombres bajaron y corrieron torpemente por las desiertas calles.

—Son hombres de la Nebulosa, los llamados hombres libres, los restos del viejo Gran Imperio —afirmó el comandante después de mirar por los anteojos. Luego, agregó—: El Consejero Imperial, *Lord* Tensage, está al frente de esos locos y parece muy nervioso.

—Ha perdido la jugada. Lo sabe, aunque su mente enferma no lo admite. Pero el peligro parece no haberse esfumado aún, señores —dijo Alice secamente—. Esos hombres están armados, y aún pueden ordenar a las naves más maniobrables que nos hagan trizas.

—Sólo disponemos de un proyector láser de capacidad suficiente para un ataque aéreo.

Alice volvió a mirar hacia los muelles. Localizó con sus anteojos a Tensage. Gracias a la gran potencia de éstos pudo percibir la palidez del duque. Discutía con una mujer de mediana edad. En un momento dado, el viejo empujó a la mujer y empezó a sacar un arma del interior de su traje.

Al ver que su jefa era atacada, los hombres de la nebulosa dispararon contra el duque. *Lord* Tensage fue destrozado por más de una docena de disparos. Entonces los invasores se fueron reuniendo alrededor de la mujer. Parecían discutir.

—*Lord* Tensage ha ido a reunirse con sus antepasados imperiales al infierno —musitó Alice, no pudiendo reprimir un estremecimiento por haber presenciado la muerte de aquel hombre enloquecido por la ambición y el rencor.

Cuando los cientos de defensores empezaban a respirar, aliviados de la larga tensión de las últimas horas, el cielo rugió atronadoramente. Alice alzó la cabeza. Sintió dolor en la garganta al intentar tragar y notarla terriblemente seca. Y cuando descubrió la identidad de las naves que surgían silbantes por el norte, sintió ganas de llorar.

Eran cruceros y acorazados del Orden, dorados y relucientes bajo los últimos rayos de la estrella Zarti. Algunas unidades siguieron hasta el astropuerto de la costa, mientras otras se desviaban para sobrevolar el recinto y las restantes se posaban sobre el río, levantando espumeantes olas.

* * *

Antes de que las naves se detuviesen abrieron unas compuertas y cientos de soldados saltaron al vacío, volaron a pocos metros del suelo y en unos segundos rodearon los vehículos de los invasores y los grupos que formaban éstos.

No hubo lucha. Los fracasados invasores de la Nebulosa depusieron sus armas en apenas un par de minutos. Un oficial del Orden, embutido en su armadura de combate, se acercó indolentemente hasta Adargha. Se detuvo a un metro de ella y con lentitud se alzó el casco.

—¡Cuánto me alegra volver a verle, Adargha! —exclamó Phil Stenzel.

La mujer rehuyó su mirada y la bajó hasta el suelo, al tiempo que enrojecía vivamente. El teniente la señaló y ordenó a unos soldados:

—Cuídenla bien, es la alimaña más peligrosa de la manada. —Luego, dirigiendo una mirada furibunda contra ella, añadió mientras, entre dos soldados, pasaba delante de él—: Perra, si cuando suba al recinto no encuentro a Alice Cooper sana y salva, te juro que yo mismo te arrojaré al espacio sin más protección sobre tu inmundo cuerpo que tu propia piel.

Se le acercó un coronel y después de tocarle en un hombro le dijo:

—Vamos, teniente, suba a la base: sé que está rabiando por hacerlo.

Stenzel no perdió un segundo. Gritó por un deslizador y apenas se lo trajeron, subió en él. Sólo unos quince soldados lograron subir también.

* * *

Phil pasó delante de Brogden y abrazó a Alice, rió y dijo cosas que ninguno de los asombrados presentes entendió. La chica se quejó que la estaba aplastando con la armadura y consiguió separarse de él, riendo también. Más tarde, calmados los ánimos e intercambiados datos y noticias, Phil terminó de explicar en el despacho del comandante:

—Avistamos la flota de Carmagan cuando surgimos del

hiperespacio a unos ocho años luz para orientarnos. No tuvimos necesidad de ir hasta la Rueda. Fue un golpe de suerte porque la flota se alejaba de esta zona y si nos hubiésemos presentado allí nos habríamos encontrado con escasas fuerzas para venir aquí, además de que se habría perdido un tiempo precioso.

—Ha sido estupendo, Phil —dijo Alice—. Gracias a ti se ha evitado un desastre enorme.

Phil, ya despojado de su armadura, casi saltó de su sillón, sorprendido. Señaló a Alice y dijo con firmeza:

—Has sido tú quien ha resuelto la situación. ¿Quién si no puso nervioso a Tensage y lo indispuso contra Adargha? Vamos, no seas modesta. Tú lo adivinaste todo y también comprendiste que era ese viejo chiflado el que pasaba la información de los movimientos de las escuadrillas de vigilancia a Kerma y Orlea.

—Pero fue el comandante quien pensó en la posibilidad de que los nativos actuaran en contra de su voluntad —recordó Alice, un poco violenta ante las adulaciones de Phil, en presencia de los jefes y generales de la flota—. Eso nos impulsó a no rendirnos, considerando que los dueños de Shefuran, sus legítimos aborígenes, no rechazaban nuestra presencia mediante esa manifestación de fuerza.

—Esa investigación la hice porque su postura, sargento Cooper, me obligó a pensar —replicó Brogden.

A partir de ahí la discusión fue protagonizada por los generales recién llegados, que no cesaban de solicitar datos. Stenzel hizo una señal a Alice para que salieran fuera.

—Me ahogaba ahí dentro —resopló Phil una vez en el exterior. La miró con ojos entornados—. Creo que nos van a dar un permiso, preciosa. ¿Qué te parecerían unos días en algún lugar tranquilo? Por ejemplo, unas playas serenas y solitarias. Sé de un mundo en el cual…

Ella le puso su dedo índice sobre los labios, haciéndole callar.

—Por favor, Phil. No sigas. Si dispongo de tiempo suficiente quiero ir a la Tierra.

Él puso el gesto agrio.

—Alguien te espera allí, ¿no es cierto?

—Sí —rió ella—. Pero nos volveremos a ver.

* * *

Alice tenía la mirada puesta en las puntas de sus botas cuando sintió pasos por el pasillo. Se levantó. Era la doctora Patterson.

La mujer sonrió al verla y le estrechó la mano.

—Bien venida a la Tierra, sargento Cooper… —En seguida descubrió la línea brillante sobre sus hombreras y sonrió disculpándose—. Lo siento, alférez Cooper. Pero ¿no es un ascenso demasiado rápido para tan poco tiempo? Apenas hace diez meses que partió y…

—Nueve meses y quince días, exactamente —respondió Alice sin poder reprimir su nerviosismo—. Hubiera regresado antes, confiando en un permiso que iban a darme, pero me enviaron a la academia. Al parecer había existido una confusión en los ordenadores que emitieron mi calificación final. Al menos eso dicen, pero alguien me susurró al oído que es una treta para conocer la personalidad de ciertos aspirantes que presentan indicios anómalos en sus estudios.

—Vaya, nunca había oído nada parecido. ¿Quiere decir que incluso pudieron haberla expulsado?

—Eso no lo sé, y nadie pudo responderme. Pero por Dios, doctora, dígame qué le sucede a mi padre. Recibí su aviso en la academia y sólo por lo ocurrido en Shefuran logré un permiso especial.

Patterson le pasó la mano por el hombro y la condujo por los pasillos.

—Se realizó la incorporación de la mente del coronel Cooper a su cuerpo clónico. Fue hace un par de meses, pero no quise avisarle hasta la semana pasada, hasta estar segura de la reacción.

Los ojos de Alice se iluminaron.

—¿Quiere decir que todo salió perfectamente?

Ella se detuvo y respondió sin quererla mirar directamente:

—He hablado a menudo con su padre, sar… alférez. Es un hombre equilibrado y consciente, que aún tiene que acostumbrarse a su nuevo cuerpo antes de incorporarse a la vida activa, al espacio profundo al que él está tan habituado. Pero confío en que podrá sobreponerse.

»Usted no le engañó totalmente en la última entrevista. Él presumía que algo no marchaba bien, que usted sufría y sus proyectos no se desarrollaban como confiaba. Incluso temió que la

había obligado a entrar en el Orden en contra de su voluntad, sólo por satisfacerle…

—¡Eso no es cierto! Siempre quise trabajar para el Orden.

—Es posible, pero el coronel tenía sus dudas. Cuando usted se marchó pasaron varios meses sin que yo me decidiera a entregarle el nuevo cuerpo, pese a estar dispuesto antes de lo previsto. Su mente no reaccionaba bien, no parecía tener ningún deseo de vivir de nuevo. Pero cuando se recibieron las noticias de lo sucedido en Shefuran, que por motivos de seguridad se congelaron demasiado tiempo, todo cambió. El coronel, su mente, reaccionó positivamente.

»Incluso no le importó que usted le engañara piadosamente. ¡Qué le importaba a él que fuera a su primera misión sólo como sargento! Lo que le revitalizó fue que usted resultó ser uno de los principales protagonistas del hecho, que evitó lo que pudo provocar un fuerte retroceso en la expansión recuperadora del Orden.

Alice le estrechó las manos.

—Puedo verle entonces, ¿no?

—Claro que sí. Está al otro lado de la habitación —señaló una puerta cerrada.

Alice vaciló y la doctora le dijo para animarla:

—No tenga ningún temor. Puedo anticiparle que tiene un magnífico aspecto, incluso un poco rejuvenecido, pero eso se arregla con el tiempo —terminó riendo.

Alice empujó la puerta resueltamente, pero se quedó inmóvil al otro lado, viendo una figura sentada de espaldas a ella. La silla empezó a girar y una voz muy conocida le dijo:

—Adelante, hija.

Ella avanzó, ya decidida. Tenía que aprovechar el poco tiempo de que disponía para hablar. Y eran demasiadas las cosas que debía decir al coronel Cooper.

Luego, de nuevo de vuelta al espacio. Allí la esperaban sus compañeros. Sobre todo, Phil Stenzel.

FIN



A. Thorkent es el seudónimo utilizado por Ángel Torres Quesada (Cádiz, 1940), es un escritor español. Estudió Comercio. Utilizó este seudónimo para desarrollar bajo este nombre una de las sagas más importantes de ciencia ficción publicadas en España, la Saga del Orden Estelar, junto con la Saga de los Aznar de Pascual Enguindanos (
G. H. White
). Empezó a publicar en 1963, novelas de «serie B», siendo Un mundo llamado Badoom su primera obra, dentro de la colección Luchadores del Espacio. En los años 70 dio el salto a la literatura «seria» de ciencia ficción con La Trilogía de los Dioses, La Trilogía de las Islas, Las Grietas del Tiempo, Los Sicarios de Dios o Los Vientos del Olvido, una de sus mejores novelas, que resultó profética por retratar siete años antes de los atentados del 11 S la situación política actual sobre las políticas antiterroristas que practicó la administración Bush. Hoy en día es uno de los clásicos indiscutibles, junto con Domingo Santos y Carlos Saiz. Ganó el premio UPC en 1991 por El círculo de piedra y el premio Gabriel en 2004 (modalidad del Ignotus a la labor dentro del campo de la ciencia ficción, es decir, es un premio honorífico).